

¡AL GRITO DE GUERRA!

HISTORIA Y SIGNIFICADO DEL HIMNO NACIONAL

JOSÉ ANTONIO CRESPO



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS



Sello Grulla

¡AL GRITO DE GUERRA!

HISTORIA Y SIGNIFICADO
DEL HIMNO NACIONAL

JOSÉ ANTONIO CRESPO



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



¡AL GRITO DE GUERRA!

Historia y significado del Himno Nacional

Primera edición 2019

ISBN 978-607-29-0101-8

D.R. © LXIV Legislatura de la H. Cámara de Diputados.

Av. Congreso de la Unión, Núm. 66.

Alcaldía de Venustiano Carranza.

Col. El Parque, C.P. 15960, Ciudad de México.

Edificio E, Planta Baja, Ala Norte.

Tel. 5036 0000 Exts. 51091 y 51092

<http://diputados.gob.mx>

Autor

José Antonio Crespo

Dirección Editorial

Fernanda Alva Ruiz- Cabañas

Diseño

Sofía Soto

Maquetación

Monserrat Ruiz- Cabañas Chávez

Ésta es una publicación de distribución gratuita y con fines de difusión cultural. Queda prohibida su venta.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo

Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks

Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros

Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Olga Juliana Elizondo Guerra

Coordinadora del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

Dip. Reginaldo Sandoval Flores

Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. Verónica Beatriz Juárez Piña

Coordinadora del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Arturo Escobar y Vega

Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

MESA DIRECTIVA

Dip. Porfirio Muñoz Ledo

Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna

Dip. Marco Antonio Adame Castillo

Dip. Dulce María Sauri Riancho

Vicepresidentes

Dip. Karla Yuritzi Almazán Burgos

Dip. Mariana Dunyaska García Rojas

Dip. Ma. Sara Rocha Medina

Dip. Héctor René Cruz Aparicio

Dip. Lizeth Sánchez García

Dip. Julieta Macías Rábago

Dip. Mónica Bautista Rodríguez

Dip. Lilia Villafuerte Zavala

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarin Cortés

Secretarios

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DE ENCUENTRO SOCIAL

Dip. Ricardo De la Peña Marshall, *titular*:

PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. Hirepan Maya Martínez, *titular*:

COORDINADOR DEL ÓRGANO TÉCNICO

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, *titular*:

Dip. María Eugenia Leticia Espinosa Rivas, *sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, *titular*:

Dip. Margarita Flores Sánchez, *sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DE PT

Dip. José Gerardo Fernández Noroña, *titular*.

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. Alan Jesús Falomir Sáenz, *titular*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. Abril Alcalá Padilla, *titular*:

Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, *sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés, *titular*:

Dip. Rogelio Rayo Martínez, *sustituto*.

SECRETARÍA GENERAL

Mtra. Graciela Báez Ricárdez

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS
Lic. Hugo Christian Rosas De León

**DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN,
INFORMACIÓN Y ANÁLISIS**
Dr. Samuel Rico Medina

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO
**CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES
PARLAMENTARIAS**
**CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL
SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA**

SECRETARÍA TÉCNICA
C.P. Pablo Alcázar Sosa

ASESORÍA Y ASISTENCIA PARLAMENTARIA
Lic. Rafael Bastard Bastard
Lic. Abraham Barba Baeza

COORDINACIÓN Y ENLACE EDITORIAL
Lic. Carlos Israel Castillejos Manrique

PREFACIO

Desde los albores de nuestra Independencia, fue anhelo permanente de nuestro pueblo el tener voz propia; emanciparse de la madre Patria no sólo en el aspecto político y económico, sino también en el plano cultural para afianzar el carácter identitario de nuestra comunidad, hecho que se reflejó en un canto que logra unir y dar esperanza a la lucha frente al invasor extranjero.

Este libro ilustra precisamente las vicisitudes que atravesó el pueblo mexicano para finalmente tener un canto que condensara su identidad como país libre, soberano e independiente; para convertir su himno en uno de los más bellos del mundo.

De allí que el propósito de este texto de divulgación cívica e histórica, sea propagar los aspectos históricos y políticos menos conocidos que rodean la creación e inspiración del Himno Nacional, su significado en relación con otros himnos así como el sentido de sus estrofas de manera comprensible para todos los ciudadanos.

De esa forma, es posible darlo a conocer en su sentido más amplio —y de manera realista— al ciudadano, de modo que lo internalice no como mero cántico incomprensible, solemne y muerto en más de un sentido, sino como pieza viva que integra aspectos de nuestra evolución como país soberano.

**Consejo Editorial
H. Cámara de Diputados
LXIV Legislatura**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I.- HIMNOS NACIONALES Y PATRIOTISMO	18
II.- LOS HIMNOS DEL MUNDO	23
III.- LOS HIMNOS LATINOAMERICANOS	31
IV.- POR EL DEDO DE DIOS SE ESCRIBIÓ	41
V.- MEXICANOS AL GRITO DE GUERRA	43
VI.- EL GUERRERO INMORTAL DE ZEMPOALA	46
VII.- MAS SI OSARE UN EXTRAÑO ENEMIGO	51
VIII.- YA NO MÁS SANGRE...DE HERMANOS	57
IX.- CANTOS PRECURSORES	62
X.- NACIMIENTO DEL HIMNO	68
XI.- LA DIFÍCIL CONSOLIDACIÓN DEL HIMNO	75
XII.- EL DESTINO DE LOS AUTORES	80
XIII.- COMPRENDER EL HIMNO	86
XII.- BIBLIOGRAFÍA	92

INTRODUCCIÓN

En febrero de 1999, el suplemento dominical del diario *Reforma* publicó una encuesta en la que se reflejaba que muy pocos capitalinos (10%) conocían el significado de buena parte del Himno Nacional. Ello suscitó una pequeña polémica sobre las razones de tal desconocimiento —debate que se reaviva de vez en vez—, y sobre la conveniencia de cambiar al Himno Nacional por otro más actual, más acorde con nuestra realidad nacional de principios del siglo XXI, con una letra, símbolos y expresiones que sean comprendidos por la gran mayoría de los mexicanos. La propuesta de cambiar el Himno se basa en gran parte en que su letra refleja un fuerte belicismo, comprensible en un siglo de guerras internas, cuartelazos sin fin e invasiones extranjeras, pero no en una época que pretende ser de paz y estabilidad institucional (pese a la violencia del crimen organizado, o justo debido a ella, pues genera la aspiración de pacificación interna). En efecto, la palabra guerra o la alusión a batallas y combates se mencionan ocho veces, y diversos instrumentos militares son nombrados a lo largo del Himno; metrallas que vomitan fuego, cañones rugientes, espadas desenvainadas, clarines de batalla, caballos de guerra (bridones) y por supuesto, ejércitos encendidos de furia.

Otro tanto sucede con los efectos de la guerra; por un lado, laureles y palmas de victoria, así como pendones y bélicos estandartes que con orgullo se levantan triunfantes; por otro lado, se habla de campos de batalla, tumbas y sepulcros, cruces y epitafios, construcciones derrumbadas, banderas enemigas holladas con desprecio, y sangre en dosis considerables. Pero lo que muchos ven como una desventaja (el tono beligerante del Himno) otros lo aprecian como una virtud; el poeta Vicente Quirarte definió al Himno como “Fuerte y emotivo, brioso y pendenciero”. Pero otros autores en defensa del Himno, han visto la necesidad de hacer maniobras de interpretación lingüística para encontrarle un sentido pacifista; por ejemplo, Andrés Serra Rojas dice: “Nuestro Himno Nacional, aunque sus estrofas aludan a la guerra y sus notas sean marciales y vibrantes, es mensaje

de paz, de concordia y de amor”. Eso, pese a que el propio autor del Himno, Francisco González Bocanegra, pusiera un epígrafe que evoca todo menos paz, concordia o amor, sino un espíritu aguerrido acorde a lo que permea todo el cántico nacional:

*Volemos al combate, a la venganza,
y el que niegue su pecho a la esperanza,
hunda en el polvo su cobarde frente.*

Por su parte, el especialista en educación, Pablo Latapí —quien se pronunciaba por la conservación del Himno actual— decía sin embargo: “Resulta fuera de lugar el nacionalismo exacerbado y un concepto de patria maniqueo y excluyente, hoy que una conciencia más internacional ha relativizado los fervores por lo propio”. Más recientemente (2005), Homero Aridjis propuso también componer un nuevo Himno más acorde a nuestra realidad y búsqueda de paz y armonía, no sólo entre los mexicanos sino con los países del mundo: “Como otros himnos, el mexicano muestra un espíritu bélico que no está a tono con la época, a pesar de que actualmente hay conflictos armados”. Por su parte, Gabriel Zaid escribió:

A principios del siglo XX, la guerra no escandalizaba ni a las mejores conciencias europeas. Charles Péguy y muchos otros fueron a la Primera Guerra Mundial con la alegría de participar en algo noble, épico, glorioso. Todavía hoy, los himnos nacionales cantan así a la guerra. El desprestigio de la guerra es un progreso recientísimo, una mutación de la conciencia moral que apareció en el siglo XX (y desde el XIX en realidad, habría que agregar. JAC).

Algunas de las reacciones suscitadas por la propuesta de cambiar el Himno fueron, por ejemplo, la del general de división Alonso Aguirre Ramos:

Aunque algunas personas piensan que la letra es anacrónica... nos ofrece una alegoría siempre actual de lo que debería ser nuestro comportamiento con la patria... El Himno Nacional está íntimamente ligado a nuestro escudo nacional y a la enseña patria, porque los tres forman los símbolos patrios. Si no se les conoce, hay que

enseñárselos con insistencia a nuestros hijos y a nuestro pueblo, pero nunca promover su cambio.

Zaid considera anacrónico el Himno, es decir, que no refleja en absoluto la realidad actual del país (aunque muchos asegurarían que ahora sí lo hace, por la cruda guerra contra el crimen organizado). “Los himnos nacionales suelen ser obras de arte mediocres, ennoblecidas por la devoción, el incienso y la pátina de la repetición, que ya no dejan escuchar lo que se está cantando”. Como sea, el anacronismo es en realidad una característica más o menos generalizada de los himnos nacionales, cuyo origen suele encontrarse en el siglo XIX y cuyo espíritu anima la letra y música de los cánticos nacionales.

En cuanto al hecho de que pocos entiendan el significado de nuestro Himno, y que evoque épocas y costumbres ya irreconocibles, dice Zaid, con su peculiar ironía y acostumbrado sentido práctico:

Hoy, si un vecino nos gritara “aprestad”, nos parecería extranjero. No se habla así en México. Sería como escuchar a un español, a un argentino, hablando a su manera, muy respetable pero muy ajena. Y si gritara llanamente: preparen la espada y el caballo (“el acero aprestad y el bridón”), seguiría pareciéndonos raro. ¿Cuál espada? ¿Cuál caballo? Estamos en los tiempos de la guerra nuclear y el internet.

Y agrega:

Y si (esa persona) continuara invitándonos a empapar las banderas en un mar de sangre (“Los patrios pendones en olas de sangre empapad”), tendríamos que invitarlo a calmarse, preguntarle si se siente bien. Más que marcial parecería marciano: un ser desembarcado de otro siglo, de otro planeta, de sentimientos sanguinarios.

Aridjis se suma a esa propuesta: “¿Hasta qué punto quienes cantan estos himnos ahora relacionan las palabras con el significado de los hechos?”. En efecto, el lenguaje es anticuado, pero usual en su época. Al observar diversos poemas patrióticos mexicanos del siglo XIX, así como las proclamas y las arengas de los políticos, encontramos frases y conceptos semejantes a

aquéllos que componen nuestro Himno. Por ejemplo, un poema de Manuel Flores, llamado “A las armas”, escrito durante la intervención francesa, reza:

*¡A las armas! Los montes, los valles,
las ciudades vomitan guerreros,
Luz nos den en el día los aceros,
Y en las noches alumbra el cañón.*

*Y que corra la sangre agostando,
Flor y mies en la vasta campiña,
Cuando el agua de rojo se tiña,
Ya podremos lavar el baldón.*

Muy bien podría ser una estrofa de nuestro Himno, pues además del tono bélico incluye palabras desconocidas para la mayoría de los mexicanos actuales. Veamos ahora un discurso de Antonio López de Santa Anna, de 1821:

Ilustres compatriotas... Yo venero los designios de la Providencia que pone en mis manos la verde oliva, y no un laurel funesto teñido de sangre de hijos y padres... Atrás no dejo ríos de sangre que lleguen a vuestras costas, anunciando los horrores de la muerte por la fiera mano de un conquistador.

Y en una proclama de 1865 (en pleno imperio de Maximiliano), don Antonio exclama: “Ha sonado la hora en que debemos arrojar del sagrado suelo de los libres a esas turbadas de farsantes que lo profanan con su planta, y nos insultan con su presencia”. Recurre pues a símbolos y lenguaje parecidos a los del Himno. Zaid destaca también que “Un himno que respondiera a los sentimientos patrios de hoy tendría que alejarse del nacionalismo oficial como religión de Estado, pues el patriotismo que hoy se extiende por el planeta es más pacífico, más abierto y más local; un amor a la tierra que incluye a todos los seres vivos, en una vecindad, localidad, región, de convivencia”. Zaid propone pues, la composición de un nuevo Himno, “un himno para el siglo XXI, para los nuevos sentimientos patrios, más tranquilos, menos aparatosos”. Y Aridjis agrega:

“Mexicanos, al grito de guerra”, ¿le motiva en su vida cotidiana? ¿Se siente más mexicano cantando (u oyendo) esto? ¿No cree que la guerra que se debe librar ahora en México es contra la pobreza y la injusticia? Sólo de esta manera podremos colocar al país en el siglo XXI en un alto y digno lugar en el contexto de las naciones.

Evidentemente, es un asunto sensible y delicado, pues se trata de uno de los grandes símbolos nacionales que, más allá de que se le comprenda cabalmente o no, sirve como elemento de identificación de la gran mayoría de los mexicanos, por lo cual la sugerencia de componer otro Himno (o cambiarle la letra al actual) ha provocado, según varias encuestas, una reacción mayoritaria de no tocarlo, de no modificarlo, de preservarlo como el símbolo histórico que vincula la nacionalidad de varias generaciones de mexicanos. Dicha reacción se corresponde con una tendencia enunciada por los antropólogos Don y Lea Handelman, según la cual lo más antiguo adquiere mayor sacralidad tratándose de tradiciones y símbolos de pueblos y naciones. Pablo Latapí decía al respecto:

Mi opinión personal es que el Himno, aunque no debe considerarse como sagrado, forma parte de nuestra historia y constituye un elemento simbólico importante para la unidad nacional y la conciencia de pertenencia al país; en consecuencia, creo que ni su música ni su letra deben modificarse... Quien haya escuchado el Himno interpretado por una orquesta sinfónica puesta de pie, al igual que todo el público, o al izarse nuestra bandera en los juegos Olímpicos, reconocerá la carga de sentimientos que esa composición es capaz de suscitar, uniéndonos por arriba de edades, diferencias políticas y clases sociales.

Podría desde luego pensarse en un cambio sólo en la letra, no en la música, que además de ser del gusto de los mexicanos mantendría un sentido de continuidad. Eso han hecho varios países; ante nuevas circunstancias históricas proceden a darle nueva letra a su viejo himno, manteniendo la música original. En cambio, Cid y Mulet, que escribió un libro sobre la historia del Himno en 1954, conmemorando sus primeros cien años, nos invita

con exaltación a preservar el Himno en sus términos originales como si fuese un símbolo sagrado (que para muchos sí lo es):

Cien años no son nada para un pueblo que cae y se levanta por encima del dolor y el infortunio... ¡Escuchadlo si no! ¡Cerrad los ojos y concentrad el alma en sus acentos! ¡Escuchadlo! ‘Mexicanos al grito de guerra...’ ¿No es el mismo, al de hoy hace cien años? ¿No es este, como aquél, el Himno eterno que exalta y que conmueve hasta las lágrimas? Cantémosle a coro, mexicanos. ¡Es el Himno supremo, de la Patria!

Como alternativa al cambio, lo que otros han propuesto es que se dé mayor difusión a la historia del Himno, las circunstancias políticas en que nace, así como su significado en términos actuales y comprensibles para la mayoría de mexicanos. De modo que al menos cuando se cante en los diversos actos oficiales y fiestas nacionales, se pueda saber qué es lo que se está entonando, así sea a través del lenguaje poético que le imprimió su autor, o de palabras y términos que han dejado de ser usuales en nuestro idioma cotidiano. Pablo Latapí, proponía justo eso:

Los alumnos no sólo deben aprender a cantar, y bien, el Himno; debieran, además, comprender el texto y sus peculiaridades, conociendo el ambiente y conyuntura en que surge, entender el género al que pertenece y el significado de todas aquellas expresiones que hoy son obsoletas... Además, los maestros debieran tomar la letra del Himno como punto de partida para fomentar los valores que adscribimos hoy al nacionalismo... amor a la paz y a la convivencia armónica, también a la internacional... Así el Himno será en verdad un símbolo patrio.

Ese es en términos generales el propósito de este pequeño texto de divulgación cívica e histórica; propagar en la medida de lo posible, los aspectos históricos y políticos menos conocidos que rodean la creación e inspiración del Himno Nacional, su significado en relación con otros himnos así como el sentido de sus estrofas de manera comprensible para todos los ciudadanos. De esa forma, es posible darlo a conocer en su sentido más amplio —y de manera realista— al ciudadano, de modo que lo internalice no

como mero cántico incomprensible, solemne y muerto en más de un sentido, sino como pieza viva que integra aspectos de nuestra evolución como país soberano. El Himno y su circunstancia histórica reflejan en buena parte ese desarrollo en los primeros años de nuestra existencia como nación independiente. En todo caso podría recuperarse cívicamente al Himno y darle una dimensión de revivificación simbólica, sin necesariamente modificarlo.

I. — HIMNOS NACIONALES Y PATRIOTISMO

Los himnos constituyen uno de los símbolos patrios de los Estados-Naciones modernos, junto con las banderas y los escudos —y el santoral de los héroes—, para imprimir identidad y un cierto sentido de reconocimiento y solidaridad entre los integrantes de un mismo país. Como se sabe, no en todos los países prevalecen suficientes elementos de identificación entre sus miembros como para que el lazo que los une surja de manera espontánea; suele haber diferencias —a veces abismales— a partir de criterios como la raza, la religión, las costumbres y hasta el lenguaje (en naciones multilingües). Si no se creara un simbolismo común que cubriera a todos los miembros de ese país —el nacionalismo— no habría manera de lograr vínculos eficaces de identificación, convivencia y cooperación. De ahí la importancia de crear símbolos nacionales que sirvan como ligas emotivas y culturales entre los ciudadanos de un país. A ello contribuyen una historia oficial que destaca lo común entre los ciudadanos de una nación, infunde un sentido de pertenencia y de compromiso para la comunidad nacional, así sea heterogénea a partir de distintas variables (raza, religión o incluso idioma). La bandera y el escudo nacional juegan también un rol en ese sentido. Y desde luego el Himno busca contribuir a ese propósito.

La dificultad para desarrollar un nacionalismo en cada país varía a partir de su respectiva historia y circunstancias políticas; en algunos casos es algo que se ha dado de manera casi natural a partir de elementos de identidad cultural (como en Japón). Eso se facilita en países que se vieron aislados de otros durante siglos enteros (Japón es un archipiélago), de modo que la constante interacción de los habitantes le han dado una enorme homogeneidad cultural (idioma, religión, costumbres, identidad histórica, intereses económicos frente a terceros). Pero en otros países la enorme diversidad en varios aspectos (lengua, raza, religión), como podría ser la India o Turquía (tierras de confluencia histórica de varios pueblos) ha generado mayor dificultad para crear una sensación generalizada de pertenencia, de identidad común. La cohesión en dichos casos está cifrada en algunos

frágiles símbolos de identificación nacional. Pero independientemente de qué tan homogénea sea la población de un país, es de alguna forma imprescindible dar cierto grado de cohesión a esa unidad política que es el Estado-Nación (predominante en los siglos XIX y XX, si bien se vienen perfilando otras formas de organización política más vastas y complejas, como la Unión Europea). También, una historia oficial común a todos los niños —con sus héroes impolutos y sus villanos irredentos— contribuye, como los símbolos nacionales, a generar ese sentimiento de identificación y pertenencia. Dice al respecto Rafael Segovia: “El héroe es tanto un símbolo de la identificación con la nacionalidad como la expresión de una ideología política. Es el mantenedor o creador de la nacionalidad, encarna las virtudes cívicas, representa la nación en lucha contra la adversidad”. Por su parte, el politólogo italiano Lucio Levi, define al nacionalismo, en su significado más general, como “una ideología unificadora, deliberadamente elaborada para garantizar la cohesión del pueblo dentro del Estado”, y agrega:

El objetivo último de la operación política de fusionar el estado y la nación es precisamente el de desarrollar el sentimiento nacional, cultivando la idea de que todos los habitantes de un estado pertenecen a la misma nación, y que la división política entre las naciones es justa, natural e incluso sagrada.

Evidentemente, el nacionalismo (y sus símbolos), en la medida en que buscan la cohesión y colaboración de los compatriotas, es un elemento que puede traducirse en beneficio de todos ellos. Ese es el sentido positivo y pragmático del nacionalismo; pero también suele ser utilizado políticamente por algunos grupos como instrumento de manipulación en beneficio propio, y no de toda la comunidad nacional. Recordemos incluso algunos usos extremos del nacionalismo como el que hicieron los nazis en Alemania, los fascistas en Italia o los militaristas en Japón. Pero aun en las democracias, los políticos y los partidos suelen hacer referencia a los símbolos nacionales para promover sus intereses particulares (si bien en algunos casos el nacionalismo cobra forma de independentismo, como el vasco, el catalán, el

quebequense, el escocés o el del Punjab indio). De ahí que muchos estudiosos destaquen el posible uso demagógico no sólo del nacionalismo en sí, sino también de sus símbolos. En el caso mexicano, recordemos que Porfirio Díaz cambió un día la fecha del “grito” de independencia para hacerlo coincidir con el de su cumpleaños (15 de septiembre) —lo que hasta ahora persiste—, superponiendo así la historia nacional con su historia personal.

En relación al uso político de los himnos nacionales, Zaid advierte:

¿Qué se canta en los himnos nacionales? La exaltación de nosotros frente a los otros, el llamado a las armas para defender como sagradas las fronteras de cada centro del poder, la presunción de tener a Dios (a la razón, a la historia milenaria) del lado nuestro. Los himnos y las banderas ayudan a imponer la ficción de que los súbditos de un nuevo centro de poder son de hecho una antiquísima nación que logra, por fin, constituirse como Estado; aunque las naciones de verdad queden de hecho repartidas entre varios Estados, aunque casi todos los estados sean de hecho multinacionales.

Así, los himnos nacionales (y otros símbolos patrios) pueden y suelen ser utilizados de manera interesada y demagógica por parte de algunos grupos políticos (partidos, camarillas y otros actores sociales). De tal modo que es frecuente observar en las rencillas políticas internas que cada bando canta en ciertas ocasiones el Himno Nacional de manera solemne, en parte como para recordar que, antes que pertenecer a tal o cual partido, sindicato o bando ideológico, son mexicanos —lo cual es legítimo—; pero en ocasiones también como para sugerir subliminalmente que la razón nacional está con ellos, que sólo ellos encarnan el auténtico nacionalismo, por lo cual oponerse a su causa significa estar contra la nación; traicionar a la patria. De ahí que el nacionalismo —y el uso concomitante de sus símbolos— no siempre tenga una connotación positiva, sino muchas veces se convierte en manipulación demagógica o instrumento de agresividad y encono. Evidentemente, esa es una de las raíces ideológicas de los diversos totalitarismos y dictaduras modernas. El nacionalismo, en efecto, tiene distintas acepciones y por

tanto puede ser utilizado de muy diversas maneras. El especialista Boyd Shafer menciona algunos de los significados más comunes del nacionalismo:

- A) Amor a un suelo, raza o historia cultural común.
- B) Deseo de independencia política, seguridad y prestigio de la nación a la que se pertenece.
- C) Devoción mística hacia la comunidad nacional, concebida ésta como algo diferente que la suma de sus miembros.
- D) El dogma de que el individuo vive para la nación y que ésta es un fin en sí mismo (en lugar de un medio para mejorar la vida del individuo).
- E) La indiferencia o agresividad hacia grupos de nacionalidad distinta.
- F) El deseo o sentimiento de superioridad respecto de otras naciones, razas o culturas.

Evidentemente, algunos de estos significados tienen una connotación positiva y constructiva para quien experimenta el nacionalismo, pero otros —más frecuente de lo que se quisiera— representan un peligro para la paz y la estabilidad, no sólo entre las naciones sino dentro de ellas (pues el nacionalismo adquiere un tono completamente dominador y belicista). El abate Barruel escribió en 1798, durante la revolución francesa (una de las fuentes del nacionalismo moderno): “El nacionalismo tomó el lugar del amor general... A partir de entonces está permitido despreciar a los extranjeros, engañarlos y ofenderlos. Esta ‘virtud’ se llama patriotismo”. Hoy le llamaríamos xenofobia, que no siempre se diferencia con claridad del nacionalismo. Sin embargo, la amenaza militar bajo la cual diversos países suelen verse, al menos en algunos periodos de su historia, justifica el carácter defensivo —que no ofensivo— del nacionalismo, para proteger el interés nacional concebido como algo que atañe a todos los miembros del país en cuestión, así como su superviven-

¡AL GRITO DE GUERRA!

cia misma. De ahí el carácter belicista de muchos de los himnos nacionales, los cuales, sin embargo, reflejan frecuentemente la circunstancia histórica por la que atravesaba el país en el momento de surgir (o cercano a ello).

II.- LOS HIMNOS DEL MUNDO

La Marsellesa, escrita en 1792 cuando los franceses entraron en guerra contra Austria, habla de un régimen republicano, del peligro de la aristocracia nacional y la amenaza de las potencias monárquicas a la revolución francesa, a sus conquistas e ideales universales:

*El sangriento estandarte de la tiranía,
está ya levantado contra nosotros...
¿Qué pretende esa horda de esclavos,
de traidores, de reyes conjurados?*

El autor fue Rouget De L'isle, que escribió en una noche la letra y música de lo que originalmente se llamó "Canción de Guerra para el Ejército del Rhin". En su estreno, en casa de un amigo y promotor del autor, fue bien recibida. Semanas después, un grupo de quinientos reclutas de Marsella se alistaban para ir a la guerra. Uno de ellos, que había oído la "Canción de guerra..." durante su estreno, la entonó y fue tal el entusiasmo que despertó entre los soldados, que poco a poco se fue divulgando con fuerza. Lo cantaban al entrar a Paris, y se le bautizó como Marsellesa por el origen de sus entusiastas difusores. Paradójicamente, el promotor original de la Marsellesa acabó en la guillotina, pues era revolucionario pero moderado, y casi ocurrió también con su autor, D'Isle, que salvó la vida porque poco antes de cumplirse su sentencia cayó su acusador, el temible Maximilian Robespierre. Con todo, D'Isle fue despojado de sus bienes y destinado a la marginación y el olvido. Era la Revolución que, como el dios griego Cronos, se comía a sus propios hijos. Pero fue tal el entusiasmo e identificación con ese cántico, que Napoleón Bonaparte dijo: "Esta música ahorrará muchos cañones". Sin embargo, consideró el canto demasiado revolucionario y lo prohibió una vez coronado como emperador. Sólo hasta 1830 volvió a retomarse. Y mucho después, precisamente por su eficacia patriótica, el gobierno colaboracionista de Vichy, durante la invasión nazi, prohibió nuevamente la entonación de la Marsellesa.

Fue también en siglo XVIII (1745) cuando se cantó oficialmente el himno inglés, “God save the King” (“Dios salve al rey”), en el Teatro Royal. Ese himno es esencialmente una exaltación a la monarquía: “Oh Señor, nuestro Dios, dispersa a sus enemigos (del Rey), y haz que caigan, confunde sus políticas, frustra sus trucos... que su reinado sea largo”. Algunos himnos dan por hecho que Dios es monárquico, en tanto que otros lo hacen republicano. Siendo Inglaterra todavía una monarquía, aunque constitucional y democrática, ese país no ha tenido que modificar su canto nacional. El himno norteamericano (“La bandera estrellada”) no se escribió durante la guerra de independencia, como podría pensarse, sino en medio de la guerra contra Inglaterra de 1812. Lo escribió un poeta que presencié el bombardeo del fuerte McHenry por barcos ingleses, desde uno de los cuales atestigué ese ataque (pues había sido detenido esa noche por los británicos). Al amanecer vio con gusto que la bandera norteamericana seguía ondeando en el fuerte, y escribió el poema que terminó siendo el himno de su país. Una batalla ganada, pero al fin de cuentas la guerra fue perdida por Estados Unidos (y su capital, Washington, incendiada por los británicos). El himno norteamericano surge pues a raíz de una de las pocas pero mayores derrotas en la historia de ese país. Evidentemente también hay alusiones bélicas como “El rojo fulgor de los cohetes, las bombas estallando en el aire”, fuego inglés que avasalla a las fuerzas norteamericanas, pese a lo cual “sigue ondeando la bandera estrellada”. Al mismo tiempo plasma lo que se conocería como el “Destino Manifiesto” de Estados Unidos, pues dice: “Luego conquistar debemos, cuando nuestra causa sea justa”. Curiosamente, el himno fue declarado oficialmente como tal hasta 1931.

Japón no tenía himno, pero al restaurarse el poder del Emperador (Meiji) para hacer frente al desafío occidental (1868), un instructor extranjero de banda militar propuso componer un himno (llamado *Kimigayo*, “Reino del Emperador”). La letra fue tomada de un poema del siglo X (y por ello los japoneses contemporáneos dicen no entender mucho de lo que dice); la música fue compuesta por autores de la época (incluido un extranjero), y capta muy bien el espíritu y solemnidad japoneses.

Tras la Segunda Guerra Mundial se cuestionó la preservación del *Kimigayo*, pero sus escasas estrofas en realidad no tienen componentes imperialistas o bélicos. La traducción aproximada del japonés antiguo diría algo así como:

*Que su reinado señor (el emperador),
dure mil generaciones,
hasta que los guijarros se hagan rocas,
cubiertas de musgo.*

Una especie de exaltación monárquica combinada con un poema Zen. El himno italiano fue escrito en 1847, antes de la unificación (*Risorgimento*) pero justo con ese propósito. Hace alusión al pasado glorioso de Roma: “Italia ha despertado con el yelmo de Escipión”. Y habla de la dominación que ha sufrido Italia a manos de otras potencias (como fueron Austria, Francia e incluso España) justo por estar desunidos los italianos: “Desde hace siglos somos pisoteados, humillados, porque no somos un pueblo, porque estamos divididos”. Lo mismo que decía Maquiavelo. Y continúa con el exhorto unificador: “Reunámonos bajo una única bandera, una esperanza de fundirnos en uno, ya llegó la hora”. La unificación italiana ocurrió en 1870. Este himno se convirtió en enseña de los grupos antifascistas por su contenido liberal, frente a la Marcha Real y el himno propiamente fascista, la *Giovinazza*, que evidentemente realza el heroísmo de Mussolini:

*Se han rehecho los italianos,
los ha rehecho Mussolini,
para la guerra del mañana...
del fascismo redentor.*

El himno alemán surgió en el siglo XIX, a propósito de la unificación realizada en 1870 bajo la dirección de Otto von Bismarck, y comenzaba con las palabras: “Alemania, Alemania, sobre todo el mundo”. A la caída del nazismo, en 1945, los aliados prohibieron ese himno, si bien años después el canciller Konrad Adenauer lo reinstauró quitándole las primeras frases que —según muchos— evocaban una vocación imperialista que Alemania no deseaba ya. Lo demás resulta inofensivo:

*Mujeres alemanas, lealtad alemana,
Vino alemán y canciones alemanas,
Seguirán muy altamente estimados,
En todo el mundo.*

Canadá creó su himno tan tarde como 1880, curiosamente compuesto por un quebequense (quienes menos integrados se sienten al país) y con letra original en francés. Después se le cambió la letra al inglés y finalmente se reconoció como himno nacional hasta 1980. Antes de eso el himno nacional era el mismo que el inglés. No habiendo habido guerra de independencia en Canadá, su letra no hace alusión a figura bélica alguna, salvo la de que los ciudadanos deben estar “en guardia por tí”. Rusia ha cambiado varias veces de himno a partir de las fuertes transformaciones de su régimen político. Durante el zarismo hubo uno que iniciaba, como el inglés, con “Dios salve al Zar”. Ese cántico fue desechado en 1917, siendo sustituido por la Internacional Socialista hasta que en 1944 apareció un himno propiamente soviético que evidentemente reflejaba su carácter comunista:

*El partido de Lenin, la fuerza del pueblo,
nos lleva al triunfo del comunismo...
permaneceremos siempre fieles
a la bandera roja de la gloriosa Patria.*

Las alusiones a Stalin que tenía fueron removidas en 1953. Al caer el comunismo en 1990, hubo seis mil propuestas para un nuevo himno. Ninguna se adoptó permanentemente, y en 2001 Vladimir Putin recuperó la música del himno soviético (por demás hermosa) en medio de controversias y desacuerdos, aunque cambiando la letra para adecuarla a un nuevo régimen y una nueva realidad. En ese nuevo texto se incluye la imagen de Dios, algo impensable durante el régimen soviético, además de perder todo contenido bélico (lo que muchos dirían que no se corresponde con la realidad post-soviética):

*Desde los mares del sur hasta las regiones polares,
se extienden nuestros bosques y campos...
Protegida por Dios, tierra natal.*

Y desde luego China adoptó un himno producto de su revolución nacionalista (de 1911) contra el Imperio y la larga intervención extranjera, basado en un discurso de su líder, Sun-Yat-Sen, si bien fue compuesto entre 1924 y 30 (cuando ya había muerto éste héroe). Conocido como “Tres principios del Pueblo”, algunas de sus estrofas dicen: “Oh ustedes guerreros, Por el pueblo estén a la vanguardia”. No hace mención de los extranjeros, pero sí de la República que sustituyó al decrepito Imperio. En 1926 los comunistas se confrontaron con los victoriosos nacionalistas, iniciando su propia revolución. En 1934 un comunista compuso un canto influido por la invasión japonesa a China, iniciada en 1933. Llamado “La marcha de los voluntarios”, dice en sus estrofas:

*Levantaos, aquellos que se rehúsan a ser esclavos,
alcemos una nueva Gran Muralla,
La nación China ha llegado a su momento más crítico,
Enfrentaos al fuego enemigo.*

Al triunfar los comunistas en 1948, adoptaron esta composición como himno nacional del nuevo régimen. Habiendo sido escrito antes del triunfo, no se hace mención del comunismo ni de su líder, Mao Tze-Tung. Por su parte, varios países africanos y asiáticos que lograron su independencia tras la II Guerra, reflejaron en sus himnos su pasado colonial y la liberación –generalmente sangrienta– del yugo europeo. Argelia logró su autonomía de Francia en 1961, después de años de una cruenta guerra. Su himno fue escrito en 1955 por un nacionalista preso. Llamaba a la lucha por la liberación:

*Por nuestra independencia, hemos ido a la guerra...
Oh Francia, ha llegado el día en que tienes que rendir
cuentas...
porque hemos decidido que Argelia vivirá...
Escribanla con la sangre de los mártires.*

En India, como en otros países, el himno no fue pensado como tal, si bien tenía un contenido claramente nacionalista. Lo hizo el conocido escritor, poeta, dramaturgo y músico Rabindranath Tagore (Premio Nobel de literatura en 1913). Fue titulado “El

espíritu de todo el pueblo” y cantado en 1911 durante una sesión del Congreso Nacional Indio (que condujo la independencia con Gandhi y Nehru a la cabeza). En 1950, ya lograda la Independencia, se adoptó como himno nacional (aunque sólo se mantuvo una de sus cinco estrofas originales). En el mismo espíritu gandhiano que condujo la independencia, el cántico no contiene llamados a la violencia ni figuras bélicas:

*Del espíritu de todo el pueblo eres el líder,
de la India eres quien traerá la fortuna.
Tu nombre conmueve los corazones...
la salvación del pueblo descansa en tus manos.*

Al parecer, está dirigido a la divinidad, lo que sería también característico de la India. La música es también típicamente nativa. Vietnam, al fin de la Guerra Mundial, buscó como otros países su autonomía, en este caso también respecto de Francia. En 1945 Vietnam del norte adoptó un canto nacionalista, y en 1975, siendo derrotado Estados Unidos (que sustituyó a Francia en la lucha contra el comunismo norteamericano), quedó como himno de una Vietnam unificada (y comunista). Evidentemente, se habla de lucha, sacrificio, sangre y de “romper nuestras cadenas”. Pero no alude al carácter comunista de su régimen (pues en 1945 no se sabía el desenlace de la lucha nacionalista, y solamente se buscaba la independencia respecto de Francia).

Los himnos reflejan también cambios dramáticos de las naciones, a partir de movimientos revolucionarios o invasiones extranjeras. En, que pasó de una monarquía laica a una teocracia islámica a través de una revolución social (1979), un himno que exaltaba la figura del Sha (rey) se transformó en otro con claro contenido musulmán: “Sobre el horizonte se levanta el Sol, la luz de quienes creen en Aláh, la Verdad y la Justicia; Bahamán es el halo de gloria de nuestra fe”. Por su parte, Irak sufrió un cataclismo político al ser invadido por Estados Unidos en 2003, cuando fue derrocado el régimen de Sadam Hussein. El himno de entonces evoca a su pasado glorioso pero no hace referencia a la religión (como si hacen los himnos de la mayoría de los países musulmanes): “Babilonia es inherente a nosotros, y Asiria es

nuestra”. Después de la invasión, y ante un nuevo y titubeante régimen, se adoptó un himno distinto, cuyas estrofas rezan:

*La juventud no estará cansada,
su objetivo es su independencia; o ellos mueren;
beberemos de la muerte,
pero no seremos esclavos de nuestros enemigos.*

Es decir, adquirió un contenido bélico que no tenía el anterior himno. Y puede decirse que Sudáfrica, al ponerle fin a la política de *Apartheid*, nació como un nuevo país. Así, en 1997, bajo la presidencia de Nelson Mandela, al tradicional himno que databa de 1918 se le agregaron estrofas de un poema bantú del siglo XIX, simbolizando así la integración de las razas en ese país:

*Señor, te rogamos que protejas nuestra nación,
Intervén y cesa todos los conflictos,
Suena el llamado a venir juntos,
Y unidos, permaneceremos en pie.*

Tibet perdió su autonomía en 1951 al ser absorbido por la República Popular China; su himno sirve como canto de identidad y resistencia, pero tiene un componente altamente religioso (budista) y pacífico. Habla sí, de combate, pero contra la ignorancia (principio esencial del budismo):

*Que irradie la enseñanza del Buda en las diez direcciones,
Y que lleve la felicidad y la paz a todos los seres del universo.
que su brillante poder sea victorioso en el combate,
contra la oscura ignorancia,
y que guarde para siempre,
la independencia del Tibet.*

Pese a que el Tibet no mantuvo su independencia, su himno no fue cambiado para excluir a China de las bendiciones que solicitan a Buda para todo el universo. Pero está prohibido entonar públicamente el canto patrio. Así pues, los himnos nacionales son en buena medida espejo de la historia de sus respectivos países, o al menos del periodo histórico que han recorrido hasta

¡AL GRITO DE GUERRA!

el momento de surgir. Reflejan por tanto dicha evolución, pero también las preocupaciones y desafíos, a veces inmediatos, que enfrenta cada país en el momento en que se compone su respectivo himno nacional, o las adecuaciones y actualizaciones que han sufrido en múltiples casos.

III.- LOS HIMNOS LATINOAMERICANOS

Por lo general, el gran evento que inspiró los himnos de los países latinoamericanos fue su Independencia respecto de España, lo que no es de sorprender. Los nuevos países necesitaban de un himno, y justo la separación de la metrópoli apenas había tenido lugar. Su recién adquirida autonomía frente a España tendría que ser, al menos en buena medida, el sustento original de su nacionalismo. Por lo cual, en casi todos los himnos de esos países se hace mención específica del yugo español. Por ejemplo, el himno argentino, dice:

*Oíd mortales el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad.
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.*

Y el de Bolivia, entona:

*Bolivianos, el hado propicio
coronó nuestros votos y anhelos.
Es ya libre, ya libre este suelo:
Ya cesó su servil condición.*

El himno chileno, reza:

*El que ayer doblegábase esclavo
Libre al fin y triunfante se ve...
De tres siglos lavamos la afrenta,
Combatiendo en el campo de honor.*

La romanza nacional de Ecuador hace explícita la dominación española, concibiéndola como una monstruosidad histórica. Sus “Indignados hijos” se han librado del yugo “Que te impuso la ibérica audacia”, pero con el “hierro y el plomo fulmíneo”, se ha despertado “la heroica pujanza que hizo al fiero español sucumbir”. Por su parte, el himno paraguayo también menciona la experiencia colonial compartida por los países de Iberoamérica:

*A los pueblos de América, infausto,
Tres centurias, un cetro oprimió;*

¡AL GRITO DE GUERRA!

*Más un día, soberbia surgiendo:
Basta, dijo y el cetro rompió.*

El himno de Venezuela recoge el sueño bolivariano de una Latinoamérica unida, destacando que:

*Unida con lazos
Que el cielo formó,
La América toda
Existe en Nación.*

Mientras, el colombiano enfatiza:

*¡Independencia!
Grita el mundo americano,
se baña en sangre de héroes,
la tierra de Colón.*

El cántico de Cuba, compuesto hasta 1867 (*La Bayamesa*), refleja también su deseo de lograr la independencia de España, que hasta entonces no había alcanzado (sino hasta 1898):

*En cadenas, vivir no es vivir,
En afrenta y oprobio, sumidos,
Del clarín escuchad los sonidos,
¡A las armas valientes corred!
No temáis una muerte gloriosa,
Que morir por la patria, es vivir.*

No celebra este himno su independencia, sino convoca a luchar para obtenerla. Una vez alcanzada, se le retiraron a *La Bayamesa* estrofas altamente ofensivas a los españoles: “No temáis los feroces iberos, son cobardes, cual todo tirano”. Al surgir el régimen de Fidel Castro no se adoptó un nuevo himno más implicado con su ideología dominante o culto a la personalidad del líder, como ocurrió en varios países comunistas (no en todos). Cuba mantuvo *La Bayamesa* como su oda nacional.

El caso brasileño es un tanto distinto al del resto de América Latina, lo que se explica evidentemente por su dominio portugués en lugar de español. Tuvo la peculiaridad de que la familia

real fue a refugiarse a Brasil ante la invasión napoleónica (en tanto que la familia real de España fue a dar a Bayona, Francia, más como prisionera que como huésped). El monarca portugués Juan VI gobernó Brasil, allanando el terreno para su eventual independencia. Regresó a Portugal en 1821 (pudo haber retornado a su país desde 1815, ya derrotado Napoleón), a raíz de un movimiento que en la metrópoli así lo exigía (lo que sugiere que el rey se hallaba a gusto en Brasil). Su hijo, don Pedro, quedó a cargo del gobierno brasileño, pero en lugar de oponerse a su autonomía, la encabezó cuando las Cortes portuguesas lo convocaron a regresar a Portugal. Don Pedro cortó entonces los vínculos con la metrópoli en 1822, al grito de “Independencia o muerte”, y se declaró su emperador (en una monarquía constitucional). Hubo también dos años de guerra contra quienes dentro de Brasil se oponían a la ruptura. A diferencia de México y otros países latinoamericanos, ahí no se abolió la esclavitud. El propio don Pedro escribió la música de un primer himno brasileño (*Hino da Independencia*). El himno cambió mucho después, a raíz de que en 1890 la monarquía fue sustituida por una república. La letra actual tiene un tono esencialmente pacifista:

*El Brasil, un sueño vivo, un rayo animado del amor
y la esperanza coloca en la tierra,
como en su cielo hermoso, sonriendo y límpido,
la imagen de la Cruz del Sur brilla resplandeciente.*

En México, en principio la independencia también tendría que estar en primerísimo lugar de su himno, pero no es así. Prácticamente no se menciona el yugo español ni los siglos de sumisión y esclavitud (la única mención al respecto es una elegía a Iturbide, consumidor de la Independencia). Eso, a pesar de que la guerra de Independencia de la Nueva España fue una de las más sangrientas del continente. Ello puede deberse a cinco razones complementarias:

- A) La independencia no la hicieron los insurgentes, sino los realistas (españoles y mexicanos) para preservar el orden colonial que era amenazado por la Constitución de Cádiz, proveniente de España tras un golpe militar

que obligó a Fernando VII a firmar dicha carta. El propio Iturbide, en su plan de Iguala, no despotrica contra España sino que la ensalza más con agradecimiento que con rencor: “Trescientos años hace que la América Septentrional está bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima. España la educó y engrandeció formando esas ciudades opulentas”. Debe recordarse también que Iturbide insistió durante su conversión independentista en la necesidad de conciliar a los mexicanos con los españoles; el color rojo de la bandera mexicana simboliza, según su creador (el propio Iturbide) la unión de españoles y mexicanos (después se ha modificado ese sentido original, dejándolo sólo como el símbolo de la sangre derramada por los héroes).

- B) Francisco González Bocanegra, el autor de la letra, era hijo de español. De joven tuvo que salir de México a raíz de la expulsión de los españoles, durante la I República, no porque él lo fuera, sino porque acompañó a sus padres que se vieron obligados a retornar a España. Ello quizá se tradujo en un deseo de no tocar la fibra sensible del anti-hispanismo imperante en los países latinoamericanos —México incluido— durante el siglo XIX.
- C) A partir de 1836 España reconoció la Independencia de México. El ambiente entre los dos países se relajó, al grado en que en el discurso para conmemorar la independencia en 1839, el orador (Juan de Dios Cañedo), celebraba que “ambos pueblos de beligerantes” se hubiesen convertido “en cordiales amigos que recíprocamente se respetan, relegando al olvido sus antiguas y sangrientas diferencias”. Cualquier himno que se compusiera a partir de esa fecha ya no tenía por qué insistir en el odio a los españoles y sus abusos.

- D) González Bocanegra era de ideología conservadora, y los conservadores mostraban por lo general menos rencores hacia los “gachupines”. ¿Qué caso tenía insistir en hostilizar a los españoles y abrir la herida del Virreinato?
- E) Finalmente, cabe la explicación de que dado que el Himno fue escrito en 1853, tres décadas después de la Independencia, las preocupaciones de México ya no giraban en torno a España, ni sus intentos por reconquistar sus colonias (como ocurrió en 1829), sino en las invasiones de otras potencias (Francia en 1838 y Estados Unidos en 1846).

Por todo lo anterior, si bien la séptima estrofa del escrito original ensalza las glorias de Iturbide, no menciona directamente a los españoles, la opresión colonial o las matanzas que rodearon la guerra de Independencia, lo cual distingue a nuestro Himno de otros latinoamericanos. En este sentido, se queja Aridjis de varios faltantes históricos y propone lo que podría ser la nueva letra del Himno (en caso de ser modificado):

El Himno mexicano no alude a la herencia precolombina. Qué tal un himno nacional que hable de los centros ceremoniales mayas, la Pirámide del Sol, la mariposa monarca y el maíz, clave de la mitología y de la cultura alimenticia mexicana y mesoamericana, del chocolate y de las plantas mexicanas que alimentan al mundo, del río Usumacinta, el mar de Cortés, los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, y del concepto del mundo de los antiguos mexicanos (y la Virgen de Guadalupe)... En nuestro Himno no hay referencias a la diversidad étnica ni a las raíces indígenas del país, donde el 13 por ciento de la población es indígena, y la mayoría, mestiza.

Pero es que los conservadores (y tanto Bocanegra como Iturbide y Santa Anna lo eran), no valoraban el pasado prehispánico, más bien lo despreciaban, y se centraban en la aportación y la herencia de la “Madre Patria”; la “superior” civilización, la evangelización, el idioma, las “buenas” costumbres. Probablemente

por eso no hay mención alguna en el Himno de nuestro pasado indígena, como sí lo hay en algunos himnos latinoamericanos.

Otro elemento presente en casi todos los himnos del continente americano es la esperanza de que, tras la experiencia de la libertad ganada con sangre, sobrevendrían tiempos de reconstrucción. Así, pese a evocar la guerra de Independencia con todos sus desastres concomitantes, se vuelve la mirada a imágenes vinculadas con el trabajo pacífico, la construcción del país, la belleza y riqueza natural de las nuevas naciones; paz y progreso, en otras palabras. El himno boliviano, por ejemplo, resalta:

*Al estruendo marcial que ayer fuera,
Y al clamor de la guerra horroroso,
Siguen hoy, en contraste armonioso,
Dulces himnos de paz y de unión.*

El de Chile celebra en una de sus estrofas:

*Ha cesado la lucha sangrienta...
Que tus (hijos) libres tranquilos coronen,
A las artes, la industria y la paz.*

El salvadoreño saluda con júbilo a su patria, pues “Ya en tu pecho reboza gozo y paz, y tu frente radiosa, más que el sol contemplamos lucir”. Y continúa:

*Y con fe inquebrantable el camino
Del progreso se afana en seguir,
Por llenar su grandioso destino
Conquistarse un feliz porvenir.*

El cántico de Costa Rica, reza en una de sus estrofas:

*Salve oh Patria, tu pródigo suelo
Dulce abrigo y sustento nos da;
Bajo el límpido azul de tu cielo
Vivan siempre el trabajo y la paz.*

El de Haití, país que no se liberó de España sino de Francia (y fue el primero en conquistar su independencia en 1793), aclama:

*Por los abuelos y la Patria
Labremos felices,
Cuando fructifica el campo
Se fortalece el alma.*

El himno de Honduras es, prácticamente todo, una oda a la paz, el trabajo, y sus bellezas naturales. Ni una sola mención a espadas, cañones, sepulcros o ruinas. Como ejemplo valga una estrofa, cuyo ánimo permea toda la romanza cívica de este país centroamericano:

*Adoremos la patria en los frutos
Que feliz cosechó el labrador;
Y paguemos perennes tributos
A la paz, el progreso, el amor.*

Panamá nació en 1903 como consecuencia de una escisión de Colombia provocada por los norteamericanos. Exalta su nueva soberanía, pero también proyecta un porvenir venturoso al tiempo que se ufana de sus peculiares bellezas naturales: habla del rugir, no de los cañones, sino de sus dos mares que lo bañan (el Pacífico y el Atlántico), de su “suelo cubierto de flores” y “los besos del tibio terral”. Para terminar, exhorta a sus ciudadanos: “Adelante, la pica y la pala, al trabajo sin más dilación”, para así convertirse en el orgullo y honra de América, “este mundo feraz (fértil) de Colón”.

Los mexicanos, apenas lograda su Independencia, tenían grandes expectativas sobre el progreso y desarrollo del país. Con grandes recursos, éstos serían ya explotados y aprovechados por los oriundos y ya no más explotados y aprovechados por la potencia conquistadora. Incluso, el optimismo llegó a niveles de utopía. Sin embargo, su himno habla poco de ese porvenir glorioso — como sí lo hacen los demás del continente—, y en cambio se obsesiona con la guerra y el tronar de cañones. No habla de cultivos o surcos, de trabajo y progreso, sino de que “Tus campiñas con sangre se rieguen”; no de edificar templos y edificios, sino de que éstos “Se derrumben con horrido estruendo”; no mira a un futuro de progreso, sino vuelve la vista al “recuerdo de antiguas hazañas”. No hay mención a los pródigos recursos naturales, a los valles o montes, a los volcanes o mares, salvo como campos

¡AL GRITO DE GUERRA!

de batalla; “Guerra, Guerra en el monte, en el valle”. La bandera es mencionada varias veces, pero siempre como estandarte de batalla, enarbolada en una espada ensangrentada, lo que contrasta, por ejemplo con la estrofa del canto costarricense:

*Noble Patria, tu hermosa bandera,
Expresión de tu vida nos da,
Bajo el límpido azul de tu cielo
Blanca y pura descansa la paz.*

O en el himno nicaragüense:

*Siempre libre y hechicera
Su bandera ve flotar,
Y apacible se reclina,
Cual ondina de la mar.*

No hay pues, en el Himno mexicano, convocatoria al trabajo y el progreso. Pero por otro lado, en casi todos los himnos de Latinoamérica, si bien se desea una época de estabilidad y desarrollo, se sigue temiendo la posibilidad de ser víctima de invasiones y profanaciones por parte del extranjero, lo cual era un mal de la época para países con gran debilidad militar como los hispanoamericanos. En el Himno mexicano la frase más conocida sobre el tema es “Mas si osare un extraño enemigo, profanar con su planta tu suelo”, y también “Guerra, guerra, sin tregua al que intente, de la Patria, manchar los blasones (insignias y estandartes)”. A esas estrofas se le asemejan enormemente frases de otros himnos, como el de Costa Rica, que si bien convoca al trabajo y la paz, amenaza con cambiar instrumentos labriegos por armas en caso de sufrir una invasión:

*Cuando alguno pretenda tu gloria manchar
Verás a tu pueblo valiente y viril
La tosca herramienta, en arma trocar.*

Y en el chileno se dice:

*Si pretende el cañón extranjero,
Nuestro pueblo osado invadir,*

*Desnudemos al punto el acero,
Y sepamos vencer o morir.*

Igualmente así lo proclama el canto guatemalteco, en gran semejanza con el mexicano:

*Si mañana tu suelo sagrado
Lo profana invasión extranjera.
Libre al viento tu hermosa bandera,
A vencer o morir llamará.*

Cantan los argentinos:

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.*

Los bolivianos entonan: “En sus aras (de la Patria) de nuevo juremos, morir antes que esclavos vivir”.

Los colombianos cantan en una estrofa, “Deber antes que vida”. El himno cubano cuenta con algunas estrofas de sorprendente semejanza con el mexicano, comenzando con “Al combate corred, bayameses” (Mexicanos al grito de guerra), y posteriormente, otra que reza:

*Valerosos cubanos, luchemos
Y retumben los gritos de guerra,
Si es preciso la vida daremos
Nuestra sangre por la libertad.*

Y Haití canta la frase “Bello es morir, por la bandera y la patria”, similar a la de Paraguay; “Paraguayos, República o muerte”, y de Uruguay; “Orientales, la patria o la tumba”. La estrofa mexicana de “un soldado en cada hijo te dio”, encuentra su parangón en el himno de Nicaragua: “Nicaragua... ve en sus hijos denodados, los soldados del honor”. Prácticamente todos los cantos nacionales de la región insisten en la disposición a la muerte de sus ciudadanos para defender el suelo patrio, y la gloria que representa ofrendar la vida a la patria. En el caso mexicano la

idea aparece en varias estrofas, pero de manera más clara en la siguiente: “Patria, Patria tus hijos te juran, exhalar en tus aras su aliento”, a la cual se le agrega otro fragmento similar que se refiere a mártires de guerra frente al invasor; “Y el que al golpe de ardiente metralla, de la Patria en las aras sucumba”.

Así pues, la experiencia de los países hispanoamericanos de haber sido colonizados durante tres siglos, se refleja en sus himnos nacionales que en su mayoría hacen referencia a figuras bélicas, imágenes de sangre y muerte (y su música es casi siempre una marcha militar). Pero el Himno mexicano supera en belicismo a los cánticos de sus países hermanos. No es fácil explicar esta inclinación de nuestro Himno por la guerra, sin cambiar jamás de tema, sin hablar de paz y progreso, ni de su pasado indígena (como sí lo hacen muchos himnos latinoamericanos), o sus bellos parajes naturales, salvo como campos de batalla más que como fuentes de avance y bienestar. Podemos concluir, al comparar nuestro Himno con el de los demás países de Latinoamérica, que el mexicano es uno de los más bélicos y marciales de la región. De ahí que también proponga Aridjis: “Habría que enseñar a los niños que los vecinos no son enemigos naturales y que para existir no debemos estar en pie de guerra. En lugar de ‘tus campiñas con sangre se rieguen’, por qué no decir ‘tus campiñas de verde se llenen’. Y agrega: “La política exterior mexicana, de tradición pacifista y que ha abogado por la no-proliferación de las armas nucleares en América Latina, debería reflejarse en un himno nacional”. En caso de que México decidiera cambiar la letra de su himno (no necesariamente la música, que es tan bien recibida) sería interesante el debate sobre el contenido que debiera tener, pero en tal caso quizá la mayoría se inclinaría por incluir estrofas de carácter más pacifista y la exaltación de la naturaleza mexicana, así como algunas de sus mejores costumbres y tradiciones incluyendo algunas de origen prehispánico (no desde luego los sacrificios humanos, ni el canibalismo).

IV.— POR EL DEDO DE DIOS SE ESCRIBIÓ

Durante siglos, y en particular tras la independencia, los novohispanos —después mexicanos— tuvieron una imagen idílica de sí mismos y de su nación. Por ejemplo, en una fecha tan temprana como 1566, se lee en una carta: “Los mexicanos tienen entendido que ellos serán el corazón del mundo”. Poco antes del estallido de la Independencia, las visiones sobre los recursos naturales del país rebotaban confianza. Algunas expresiones de la época para describir a la Nueva España eran: “admiración del universo”, “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”, “perla de la corona española”, “niña bonita de España”, “el país más opulento del mundo”. Fray Servando Teresa de Mier, entusiasta nacionalista, pensaba: “México, debido a sus frutos propios como la grana y la vainilla, reúne las producciones de todo el mundo, hasta el té, idéntico al de China”. También ayudaron a crear esa imagen idílica del país las conclusiones que el investigador prusiano Alexander Von Humboldt imprimió en su *Ensayo político sobre la Nueva España*, de 1811:

Entre las colonias sujetas al dominio del rey de España, México ocupa actualmente el primer lugar, tanto por sus riquezas territoriales como por lo favorable de su posición para el comercio con Europa y Asia. (Con el riego debido) sería una de las tierras más fértiles que los hombres hayan abierto al cultivo en ambos hemisferios... Al pie de la cordillera, en los valles húmedos de las intendencias de Veracruz, Valladolid o Guadalajara, un hombre que se dedique solamente dos días de la semana a un trabajo poco penoso puede obtener el sustento para toda una familia.

Los criollos independentistas empezaron a crear fantasías sobre el potencial que tenía el país, si tan sólo pudiera liberarse del yugo español. Entonces se decía:

México, siendo independiente, vendrá a ser la nación más poderosa del orbe... la admiración del universo, encumbrándose al rango más sublime y grandioso de las potencias libres, y oscureciendo el mismo esplendor de los griegos y romanos en sus épocas más brillantes.

Hidalgo no fue inmune a esa ola de entusiasmo; gracias a la independencia —decía el cura de Dolores— se alcanzaría el paraíso en la tierra. Al elegir representantes auténticos y populares, según un formato democrático, estos legisladores:

...fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces (fértil) países, y a la vuelta de pocos años, disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente.

Al conquistarse finalmente la Independencia, los sueños sobre el potencial del nuevo país no tuvieron ya límite. Recién rotos los lazos con España, un entusiasta periodista editorializó:

Después de trescientos años de llorar el continente rico de la América Septentrional la destrucción del imperio de Moctezuma, un genio (Iturbide) consigue que el águila mexicana vuele libre desde el Anáhuac hasta las provincias más remotas del Septentrión, anunciando a los pueblos que está restablecido el imperio más rico del globo, el que denota por su ubicación, riqueza y feracidad, haber sido creado para dar la ley al mundo todo.

¡México dictaría las leyes del mundo! Los primeros mexicanos independientes se estaban excediendo en las expectativas que tenían sobre su recién liberado país. Santa Anna puso su grano de arena para crear este ambiente de desbordado optimismo; al tratar de convencer a un puñado de marinos realistas de unirse al a la causa trigarante, exclamaba: “La América os promete ríos de oro, de leche y de miel; un suelo fecundo, unas gentes dulces, de trato afable y benigno”. Casi el paraíso terrenal. Las cosas no fueron así. Por el contrario, México padeció durante casi todo el siglo XIX la destrucción que la economía sufrió durante la Independencia, así como por la inestabilidad política, las constantes guerras y levantamientos militares.

V.- MEXICANOS AL GRITO DE GUERRA

El tono aguerrido pero defensivo del Himno, que parece incluso una obsesión, puede explicarse en parte por su nacimiento histórico consecuencia de una conquista, si bien como ya se dijo, ese es el origen común de toda América Latina. Pero después de la independencia el país fue asolado por varias invasiones —algunas más exitosas que otras— por parte de grandes potencias mundiales —o en vías de serlo—. Tres siglos de colonización seguramente abonaron el terreno para una actitud de profundo recelo ante el extranjero, por más que el elemento español representase uno de los dos polos que dieron lugar a la nación mexicana.

De hecho, una frase similar a la primera copla de nuestro Himno fue pronunciada por un sacerdote azteca, cuando el implacable Pedro de Alvarado decidió atacar a los mexicas desarmados, durante sus festejos en honor de Huitzilopochtli (la matanza en la plaza Mayor). De acuerdo con Fray Bernardino de Sahagún, monje e historiador, en esa ocasión: “La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría...”. En medio de semejante degollina, el mencionado sacerdote azteca gritó, tratando de resistir la agresión: “Mexicanos ¿no vamos a la guerra? ¿Quién tiene confianza?”, y acto seguido algunos aztecas se defendieron con palos de abeto que tenían al alcance, pero que poco pudieron lograr frente al acero toledano de los españoles. Sin embargo, no hay nada que haga pensar que González Bocanegra conociera ese pasaje de Sahagún y se sirviera de él para componer la primera línea del Himno. En todo caso, es lógico que un himno esencialmente bélico —como el mexicano o el cubano— comience convocando a sus ciudadanos a tomar las armas contra el enemigo. Además, recuérdese que el Himno no menciona en ningún momento, de manera directa, la experiencia de la Conquista ni la servidumbre de tres siglos de Virreinato; sólo lo hace de manera indirecta al ensalzar la figura y gloria militar del consumidor, Agustín de Iturbide (que en efecto fue un gran militar, el único que logró derrotar a Morelos).

Pero el belicismo del Himno no parece sólo preventivo (“mas si osare un extraño enemigo”), sino también hay cierto sabor

de orgullo por haber derrotado ya a algún extraño (o conocido) enemigo que hubiere osado “profanar con sus pies” nuestro suelo”. Por ejemplo, al cantar las glorias de Santa Anna, se asevera “Porque supo sus armas de brillo, circundar, en los campos de honor”. En efecto, Santa Anna ganó la guerra frente a los españoles que pretendieron reconquistar México en 1829, provocando el retiro de los españoles. Pero de ahí en adelante Santa Anna fue un desastre al enfrentarse a otras potencias. La dedicación de una estrofa completa a su persona, y afirmar en ella que él sería “del feliz mexicano, en la paz y en la guerra el Caudillo”, es a todas luces una exageración de Bocanegra, más explicable por motivos de su propio interés político que por un respaldo histórico a esa imagen del General-presidente.

Habla también el Himno del recuerdo de “antiguas hazañas” que “de tus hijos inflama la mente”, como si para entonces se hubieran ya ganado batallas o guerras relevantes, así como de “recuerdos del triunfo”, que volverán —inmortales— a cubrir la frente de la patria. Sería cierto si se refiriera a batallas ganadas por los insurgentes, aunque no se haga mención específica de ellos como se dijo. Con todo, los insurgentes terminaron por ser militarmente derrotados por el ejército realista. En otra estrofa, el Himno evoca a los soldados que retornan a “sus patrios hogares” a “cantar sus victoria” tras haber obtenido la gloria “que supiera en la lid conquistar”. Y en esa misma estrofa se recuerda que para los vencedores, además del deber cumplido con la patria, se reserva la cálida acogida, plena de orgullo, de hijas y esposas “Que también sabe a los bravos premiar”. Es decir, el Himno sugiere un país guerrero que ha cosechado numerosas victorias frente al enemigo, dispuesto a repetir sus triunfos en caso de que otros países incautos se atreviesen a intentar una invasión, pues sus banderas servirán como alfombra para nuestros fieles caballos de batalla, así tengan que morir miles de mexicanos para alcanzar tales victorias: “Y sus ruinas existan diciendo, De mil héroes (muertos) la Patria aquí fue”. El tono triunfalista y de plena seguridad en la victoria coincide con la convicción difundida durante los primeros años de la Independencia de que el nuevo país contaba con la fuerza, energía y recursos necesa-

rios para convertirse en una gran potencia militar, capaz de derrotar a cualquiera en el mundo. El optimismo desbordado con que nació México no podía llevar a otra conclusión.

La visión paradisiaca de la nueva nación llevaba aparejada la idea de que era una potencia militar, o muy pronto lo sería, de modo que no habría país que osara siquiera poner sus pies en nuestro suelo, so pena de que sus banderas sirvieran de alfombra a nuestros corceles, según lo dice textualmente el Himno. Dicha convicción se fue construyendo poco a poco desde la propia guerra de Independencia, durante la época de Morelos, cuando se registraron varias importantes victorias. La Constitución de Apatzingán de 1814, por ejemplo, pedía a los mexicanos “un sacrificio voluntario de los bienes y de la vida, cuando sus necesidades (de la patria) lo exijan”. Morelos hablaba con orgullo de la valentía de sus hombres, que ciertamente dieron ejemplo de ella en varias ocasiones, pero hacía extensiva dicha virtud militar a todos los nacidos en estas tierras: “Los americanos (mexicanos) son militares por naturaleza... cualquier soldado veterano puede suplir la cátedra de general”. Probablemente Morelos pensaría que en lugar de “Un soldado en cada hijo te dio”, el Himno debería decir “Un General en cada hijo te dio”. Pese al valor muchas veces mostrado por los mexicanos en combate, exageraba un poco el Siervo de la Nación.

VI.- EL GUERRERO INMORTAL DE ZEMPOALA

Después de la Independencia, vino una oportunidad para mostrar el arrojo de los mexicanos y su presunta superioridad militar. En 1829 los españoles quisieron reconquistar la Nueva España, por lo que enviaron unos buques a Tampico al mando del brigadier Isidro Barradas, a quien la prensa española dio en llamar “el segundo Cortés”. Pensaban los hispanos que a esas alturas los mexicanos estarían ya hartos de su independencia —y de los conflictos que ella había traído—, y aceptarían gustosos su reincorporación al reino español. Fernando VII, el rey peninsular, estaba convencido de que “la América se ha perdido contra la voluntad de la propia América”. La corona española pensó que la reconquista de sus colonias americanas se facilitaría recuperando primero la Nueva España, pues sus enormes recursos podrían ser utilizados en tal empresa, y porque “era bien sabido” que en México —y particularmente en su ejército— había todavía muchos realistas. El embajador británico en España veía en cambio como una necesidad la pretensión del rey Fernando de reconquistar América. Escribió a su gobierno que era un gran error por parte de la corona española pensar que “puesto que México se encuentra actualmente en un estado de anarquía, los mexicanos deben estar y están impacientes de acabar con ese estado de cosas mediante su regreso al dominio de España”. Una proclama leída por el capitán general de La Habana, al partir la expedición hacia México, iba dirigida a los mexicanos en los siguientes términos:

Hermanos vuestros son los que parten a sofocar el monstruo nefando de la anarquía y a restituíros todos los bienes que nuestros padres y vosotros mismos habéis disfrutados durante la larga serie de trescientos años... una es nuestra religión, nuestro idioma y nuestros usos.

Esa expedición corrió con poca suerte, y las batallas que se libraron a partir de ella fueron favorables a México. La batalla de Tampico, en donde fueron derrotadas de manera decisiva las tropas españolas, merecería un festejo similar al del 5 de mayo de 1862 en contra de los franceses, pues un puñado de soldados

mexicanos, y no el grueso de nuestro ejército, logró derrotar a los invasores. Más aún, no sólo se ganó la batalla sino la guerra misma, ya que después de Tampico los españoles no intentaron regresar jamás. Podría incluso sostenerse la tesis de que la Independencia tuvo tres momentos clave; el inicio de la lucha en 1810, la Consumación en 1821, y la Consolidación en 1829, pues al ser derrotados en Tampico los españoles, abandonaron definitivamente sus pretensiones de reconquista, y poco después en 1836 —ya fallecido el rey Fernando—, reconocieron la independencia mexicana. Esos tres sucesos curiosamente tuvieron su momento estelar en septiembre; 16 de septiembre (el Grito), 27 de septiembre (la entrada del Ejército Trigarante a la Ciudad de México) y el 11 de septiembre (la derrota de las tropas españolas en Tampico). ¿Casualidad? Seguramente. ¿Pero por qué no se festeja hoy en día la batalla de Tampico, que dio gloria a las armas mexicanas a unos cuantos años de haber alcanzado la Independencia? Por una razón muy sencilla; el héroe de esa guerra fue nada menos que Santa Anna —a la sazón, gobernador de Veracruz—, a quien la historia oficial ha condenado como traidor por hechos posteriores a esta victoria militar. Sólo apenas hace algunos pocos años se celebra en Tamaulipas esa batalla, si bien ensalzando al pueblo y los soldados que en ella participaron, mas no al General-villano que los convocó y encabezó. Los efectivos de Santa Anna eran aproximadamente mil quinientos frente a cuatro mil que componían las huestes de Barradas, pero éste se dirigió al interior de la República después de dejar en Tampico un destacamento de sólo quinientos hombres —muchos de ellos enfermos por las insalubres condiciones del lugar—. Tan mal les cayó el clima y las condiciones a los españoles que —según Lorenzo de Zavala— el campamento español, sin haberse verificado ningún combate, “se había convertido en un vasto hospital”. Don Antonio hizo creer al enemigo que contaba con muchos más hombres de los que en realidad comandaba (habló de 20,000) y dirigió un ataque en contra de los españoles acantonados en el puerto, los cuales, creyéndose numéricamente inferiores, ofrecieron su rendición. No bien se había iniciado el proceso de capitulación cuando, inesperadamente, se presentaron las fuerzas de Barradas —quien se enteró

de lo que ocurría en Tampico— dejando a Santa Anna atrapado entre la milicia hispana y el río Pánuco. No disponía el jalapeño sino de unas cuantas barcas, insuficientes para emprender con éxito la retirada. En otras palabras, don Antonio se hallaba a merced del invasor. Cada bando se atrincheró en las orillas opuestas del Pánuco. Dos semanas pasaron y los españoles no recibían los refuerzos prometidos, y en cambio enfermaban por el insalubre clima de la costa.

Santa Anna logró hacerse de cinco mil efectivos más, entre soldados y civiles que se unieron a la defensa. El jalapeño dirigió una nueva embestida por la noche del 10 de septiembre, que duró 12 horas. Barradas pidió un armisticio, que el jalapeño aprovechó para exigir la rendición incondicional de las fuerzas expedicionarias, cosa que consiguió poco después sin haber sufrido grandes pérdidas, y realmente con más fortuna que con pericia militar. Dijo entonces el jalapeño, “Ah, bien se ha dicho que cuando la fortuna da, da a manos llenas”. Los españoles regresaron por donde vinieron, es decir, la Habana, salvo su comandante Barradas, quien decidió autoexiliarse en Nueva Orleans por temor a ser sometido a una corte marcial en su país. El “segundo Cortés” quedó muy lejos de repetir las insólitas proezas del primero. En torno a este suceso, Santa Anna escribió en su biografía política: “El Congreso general se sirvió darme el dictado de ‘Benemérito de la Patria’... y el pueblo me apellidó ‘el Vencedor de Tampico’”. A ese título hace referencia el Himno aunque sin mencionar el nombre de Santa Anna, en una estrofa que años más tarde sería suprimida:

*Del guerrero inmortal de Zempoala
Te defiende la espada terrible,
Y sostiene en su brazo invencible
Tu sagrado pendón tricolor.*

*Él será del feliz mexicano
En la Paz y en la Guerra el caudillo,
Porque él supo sus armas de brillo
Circundar, en los campos de honor.*

Don Antonio no dejó de recibir loas y distinciones que le allanaron su futura carrera política, misma que le permitiría ocupar la silla presidencial nada menos que once veces. Un periódico de la época comentó sobre el sonado triunfo del jalapeño: “Si Barradas quiso ser un segundo Cortés, Santa Anna ha vengado a Moctezuma”. Y con motivo de tan glorioso evento, el gobierno mandó que, como galardón al triunfo de Santa Anna, se cantase el siguiente poema, compuesto por un admirador del caudillo veracruzano (y que no difiere gran cosa de la estrofa que le dedicara años después Bocanegra, e incluso podría cantarse con la misma música):

*Ya Santa Anna a la América puso
en su globo divino asentada;
de diamantes y perlas ornada,
nos anuncia la dicha y el bien.*

Durante la celebración de la Independencia de ese año, el 25 de septiembre, el diputado Juan Rodríguez leyó un sentido discurso a propósito de esa victoria nacional, en la que decía:

¡Día 11 de septiembre de 1829! Tú serás de eterna remembranza para los mexicanos; los hijos nuestros te recordarán con gozo y con ternura, y entonarán himnos de honor y gratitud a los que supieron aumentar los timbres de la patria... el triunfo que hoy celebramos es de los que rara ocasión presenta la historia de los pueblos, y que lo obtuvo la república por los esfuerzos de los bravos que acaudilló el hijo de Veracruz (Santa Anna), que en tantas veces se ha dado a conocer por la valentía de su espada.

Y agregaba con fervor patrio: “El triunfo nos ha costado la sangre de algunos mexicanos; el sacrificio que han hecho los que acaban de inmolarse en defensa de la independencia nacional, es de precio muy subido...La Europa toda confesará que no podemos ser conquistados”. No fue dicho acontecimiento digno de “eterna remembranza para los mexicanos”, sino que casi nadie lo conoce, y menos aún lo celebra. La derrota de Barradas a manos de Santa Anna el 11 de septiembre de 1829, dio un supuesto fundamento a la creencia de que México tenía el ejército más eficaz del orbe. Tal y como lo describe el historiador Armando Ayala Anguiano:

El razonamiento que seguían (los mexicanos de la época) era el siguiente; los soldados mexicanos derrotaron a los españoles, que a su vez habían derrotado a los franceses; como en tiempos de Napoleón los franceses tuvieron fama de ser los mejores del mundo, el título había pasado a sus vencedores españoles y finalmente a los victoriosos mexicanos. Por mucho tiempo nadie se atrevió a contradecir este razonamiento, ya que de hacerlo se arriesgaba a que lo tildaran de traidor a la patria.

Pero en adelante, dicha convicción siguió alimentándose con las “glorias” militares obtenidas durante las múltiples guerras civiles y cuartelazos. Ya no se trataba del “extraño enemigo” de quien nuestro ejército se ocupaba, sino de enfrentarse unos con otros en múltiples pronunciamientos y golpes, lo que evidentemente debilitaba a la nación en todos sentidos, y no sólo militar. Sin embargo, se pensaba que si el ejército nacional, o más precisamente una fracción de él, se imponía sobre otra parte del mismo, se podría vencer a cualquier potencia extranjera. Extraño razonamiento. Así por ejemplo, el ejército comandado por Santa Anna en 1835 (siendo ya presidente) sofocó con sangre una rebelión en Zacatecas (a raíz de la cual se le segmentó parte del territorio para dar nacimiento al estado de Aguascalientes). A partir de la innecesaria matanza que sobrevino a esa victoria, un general le comentó a un testigo extranjero: “Ve usted todo lo que somos (los mexicanos) capaces de hacer y que no tememos a ninguna nación del mundo. Vamos ahora a dar una buena lección a nuestros insolentes vecinos (los norteamericanos) y en seguida a la orgullosa Inglaterra”. A lo que su interlocutor, sarcónicamente, preguntó: “¿Pensáis hacer algo contra Francia y Rusia?”. “Tal vez un poco más tarde —respondió ufano el oficial mexicano sin percatarse que de él se burlaban—, aunque hasta ahora no nos han dado motivos de queja”.

VII.- MAS SI OSARE UN EXTRAÑO ENEMIGO

En Texas, en 1836, las cosas ya no fueron tan bien. En estricto sentido no se trata de una guerra extranjera, sino interna, pues la provincia de Texas era parte de México, y se insubordinó (como lo había hecho también Zacatecas) ante el nuevo centralismo de Santa Anna. Las verdaderas intenciones del movimiento eran lograr la separación de México para, más tarde, incorporarse a la Unión Americana. Muchos de los colonos, como se sabe, eran originarios de Estados Unidos, por lo cual la campaña de Texas quedó con el matiz de guerra extranjera, si bien formalmente era estrictamente interna. El ejército mexicano obtuvo ahí algunas victorias, pero empañadas de una u otra manera.

Santa Anna logró avasallar el famoso fuerte de *El Álamo*, defendido por un puñado de colonos. Pudo haberlo ignorado para ganar tiempo y enfrentar el grueso del ejército rebelde, lo que sí era fundamental. Pero el General-presidente prefirió no desaprovechar la oportunidad de cosechar otra victoria más, si a eso puede llamarse así por lo desigual de la contienda; eran cerca de diez mil soldados mexicanos que enfrentaban a escasos trescientos texanos. En la desesperación por tomar el fuerte a como diera lugar, mientras soldados mexicanos escalaban los muros, la artillería no dejaba de bombardear, muriendo así más mexicanos por el fuego de sus propios compatriotas (fuego amigo) que por el de los texanos. En total el saldo para los mexicanos fue de 600 muertos frente a 189 tejanos. Un oficial mexicano afirmó: “Otra batalla como ésta y todos nos iremos al diablo” (algo semejante a la famosa “victoria pírrica” del rey Pirro de Epiro, cuando en el siglo II AC, tras ganar una batalla a los romanos con grandes bajas para su ejército, exclamó “Otra victoria como esta, y tendré que regresar a Epiro solo”). Como quiera, para festejar esa “memorable” victoria (pírrica o no), en la ciudad de México se organizó una función de ópera en la que se cantó un himno especial para ensalzar al “hijo de Marte”, el vencedor del Álamo, es decir, a Santa Anna:

*Ilustre Santa Anna, preclaro caudillo,
todo a tu presencia se vuelve vencible,
eres en el triunfo bondadoso y sencillo,
pero en el combate, con razón, terrible.*

Pero poco después vino la vergonzosa derrota de San Jacinto, cuando las tropas de Sam Houston (“el gran borracho”, le decían allá), sorprendieron dormidos a muchos mexicanos —incluido Santa Anna— para así dar por perdido el territorio de Texas, siendo que las condiciones en realidad favorecían al ejército mexicano. Al entrevistarse Santa Anna con Houston le dijo al americano: “Usted no ha nacido para un destino vulgar; ha vencido al Napoleón del Oeste” (es decir, al propio don Antonio). Sobre lo cual comenta el historiador Enrique González Pedrero: “Un Napoleón disminuido, achaparrado, a la altura de su derrota en San Jacinto”. Houston debió haber pensado que si Santa Anna era el Napoleón del Oeste, había encontrado en él al “Wellington de América”. Pero San Jacinto no fue ni de lejos una batalla del nivel de Waterloo; representó un enorme descuido de los mexicanos (de su General en realidad) aprovechado hábilmente por Houston.

No mucho después, en 1838, al bloquear los franceses el puerto de Veracruz —durante la famosa “Guerra de los pasteles”— los mexicanos, animosos, vislumbraban una rápida y humillante derrota de la flota gala a manos del ejército mexicano. Así, el *Patriota Jalapeño* vaticinaba, en septiembre de ese año:

Una vez comenzado el bloqueo, la bofetada ha sonado en nuestro rostro y aun cuando Francia de rodillas perdón nos pidiere, con el látigo la haría caer exánime. El pueblo mexicano sólo es generoso después de haber vencido y el francés cobarde y rufián sólo obtendrá nuestro perdón cuando bajo nuestras plantas gima pidiendo misericordia.

“Sí —decía otro exaltado articulista—, Francia abominable y maldita, ven a caer dentro de nuestras fauces sedientas de tu sangre, para machacar tu médula y escupirla después con asco. Nuestras mujeres desde el Popocatépetl verán un mar rojo con sólo tu impura sangre”. Guillermo Prieto, por su parte, escribió unas coplas para la ocasión:

*Lodo vil de ignominia horrorosa
Se arrojó de la patria a la frente.
¿Dónde está? ¿Dónde está el insolente?
¡Mexicanos! Su sangre bebed.*

Beberíamos la sangre francesa, por su atrevimiento de venir a provocar a quien no debían. En ese entonces Santa Anna dio también muestras de temeridad —más que de heroísmo— al lanzarse al frente de algunos soldados contra un destacamento francés que había desembarcado sólo para hacer una inspección. La metralla que lo cubría desde una nave fue a dar a la pierna de don Antonio. Exigiría nuevo trato de héroe a partir del sacrificio que valientemente —más bien alocadamente— había hecho en defensa de la patria, no sin antes hacer un auténtico melodrama del episodio, pues escribió: “Tuve la gloria de rechazar la invasión... Vencimos, sí vencimos... Probablemente será la última gloria que ofrezca a mi Patria”. No faltó quien le diera el reconocimiento que pedía, como lo hizo el diario *El Patriota Jalapeño*, que decidió transformar una clara derrota en una espectacular —aunque ilusoria— victoria:

*El francés altanero y codicioso,
A Ulúa sorprende, y el temor esparce...
Mas ¿quién es aquel genio prodigioso,
Que al invasor destruye al acercarse?
La fama dice; era Santa Anna,
Que humilló la arrogancia galicana.*

En realidad, los franceses se salieron con la suya en sus demandas de pago para sus ciudadanos, pues se les pagó más de lo que se les debía, por lo que no se puede decir que México hubiere obtenido una sonada victoria. Logró tiempo después don Antonio organizar un ceremonioso entierro a su miembro amputado, de lo cual refiere una crónica de la época: “Habiendo llegado al panteón, subió la urna al cenotafio del gran mausoleo donde se iba a depositar, coronado con las armas y los pabellones de la República, el sagrado pie, tomado en brazos por un sacerdote, en medio de salvas de artillería”.

En 1846, iniciada la invasión norteamericana, prevalecía un optimismo sobre nuestras posibilidades reales de enfrentar con éxito ese reto. Sobre el ambiente de aquellos años, y la ilusión mexicana sobre su potencial militar (pese a los desastres sufridos en 1836 en Texas y en 1838 frente a los franceses) el historiador José María Roa Bárcena relata:

En la opinión general no cabía duda respecto de nuestro cabal triunfo en el caso de una invasión norteamericana; y en varios discursos cívicos en los aniversarios de Septiembre oímos desarrollar con patrióticas y acaloradísimas variaciones, el lisonjero tema de que el pabellón mexicano llegaría, de allí a poco, a ondear sobre el anti-guo palacio de Jorge Washington.

En efecto, el orador de la celebración de la Independencia ese año utiliza frases que incluso recuerdan el contenido y lenguaje que siete años más tarde imprimiría González Bocanegra en el Himno. Decía este orador (José María Godoy):

La nación norteamericana... ha puesto su atrevida planta en el feraz (fértil) territorio de nuestra independencia; Pueblo mexicano... ¿será posible que consientas hoy que la arrebate con tanta gloria un enemigo extraño?... ¡Ea, mis hermanos los militares mexicanos!... Sólo habéis adquirido y habéis de adquirir... la verdadera gloria cuando habéis combatido y combatiréis en consonancia con el pueblo... Sólo entonces... habréis conseguido y habréis de conseguir... perdurables laureles.

Y terminaba con la siguiente convicción: “El poder de la nación mexicana llegará a tanta grandeza, que todos los pueblos del mundo, amigos y enemigos,... le rendirán su admiración y acatamiento”. Como puede verse, estaba en el ánimo de la época la actitud de superioridad militar de los mexicanos sobre el resto del mundo, así como las imágenes guerreras de ríos de sangre (de los extranjeros, desde luego). Pero, como ha advertido el historiador Enrique Krauze, cuando finalmente fue escrito el Himno, poco había de la experiencia histórica para tener tanto optimismo respecto de nuestro poderío bélico: “El himno es la Marsellesa mexicana, pero una Marsellesa que, en ese momento, carecía de soporte histórico. Era la representación de un triunfo simbólico y operístico en el escenario, que servía para ocultar una derrota política y militar en la realidad”. En efecto, después de la invasión norteamericana, y sus nefastos resultados, el ánimo nacional se desplomó. Del excesivo optimismo, e incluso prepotencia, se pasó a una actitud de pesimismo y des-

esperación, de impotencia y justificado recelo frente a posibles futuras incursiones por parte de las potencias extranjeras.

La desolación derivada de la derrota frente a Estados Unidos y provocada en buena medida por la endémica desunión de las facciones políticas, se reflejó en la celebración de la Independencia en 1848, cuyo orador, José María Iglesias, proclamó:

Estamos tristes, melancólicos, abatidos. ¿Sabéis por qué mexicanos? Porque traemos vergüenza en la frente y remordimiento en el corazón... Amaestrados en continuas guerras civiles, se creía que en frente del extranjero no se desmentiría el valor de nuestros combatientes... Pensábamos que el peligro de la patria estrecharía los vínculos de una unión sólida entre todos los partidos (donde) no se reconociese más enemigo que al que viniera con las armas en la mano.

Ocurrió justo lo contrario. El orador concluía que “Nuestros infortunios vienen de los vicios que carcomen hace tiempo nuestra sociedad... Como siempre, nuestras esperanzas más lisonjeras han salido frustradas”. Un bardo popular improvisó una copla plena de gran desánimo sobre el porvenir nacional:

*¿Para la guerra? No somos.
¿Para gobernar? No sabemos.
Entonces, ¿para qué seremos?*

Después de la derrota, el político liberal José Fernando Ramírez oyó a Santa Anna exclamar que los generales, él incluido, no superaban la habilidad de un cabo, por lo cual Ramírez, presa de la desesperación, escribió en su diario: “Tarde ha venido el desengaño de que todos en nuestros respectivos ramos, no pasamos de cabos, pero eso sí, juzgándonos Almirantísimos”. La imagen de México como una potencia militar de peso también quedó mellada, pues incluso un dictadorzuelo de Guatemala se envalentonó y atacó en dos ocasiones nuestro país —en 1848 y 1853— pretendiendo reconquistar el estado de Chiapas.

Así pues, el recuerdo que evoca nuestro Himno de “antiguas victorias”, de gestas gloriosas, era más producto de un deseo de tenerlas en el futuro que resultado de la realidad hasta ese mo-

mento (salvo lo de 1829). La actitud defensiva y de recelo ante el invasor externo se refleja claramente en el Himno; la obsesión en todas las estrofas por convencer a los mexicanos y forasteros de que en caso de una intervención extranjera, los invasores morderían el polvo, sugiere más inseguridad que convicción. Ese es pues el ambiente de enorme hostilidad y temor hacia lo extranjero que prevalecía en los años en que surgió el Himno, temor no infundado pues una década más tarde el país volvería a enfrentar una enorme intervención que dejaría —como la norteamericana— su huella en nuestra conciencia cívica, pese a la victoria del 5 de mayo; la injerencia de las fuerzas de Napoleón III, emperador de Francia, cuyos ejércitos eran los más prestigiados del mundo en aquella época. EL 5 de mayo sin duda constituyó una gran victoria para el ejército mexicano, en la que Porfirio Díaz tuvo un papel secundario pero fundamental pues, desacatando órdenes de Zaragoza, persiguió con gran arrojo a las huestes francesas en retirada. Para honrar esa fecha, el poeta Manuel Acuña compuso un poema:

*Y allí el francés, el primero
De los soldados del orbe...
Tres veces pálido y fiero,
Se vio a correr obligado.*

*Frente al pueblo denodado,
Que para salvar tu nombre,
Le dio un soldado en cada hombre,
¡Y un héroe en cada soldado!*

Con todo, cabe recordar que al año siguiente de aquella victoria regresaron las tropas francesas en mayor número, destruyendo en Puebla al ejército republicano, lo cual dejó abierto el camino para la instauración de un Imperio encabezado por un príncipe extranjero, Maximiliano de Habsburgo, quien gobernó (o intentó hacerlo mejor dicho) durante tres años, hasta su caída y ejecución en 1867.

VIII.- YA NO MÁS SANGRE...DE HERMANOS

Pese al belicismo imperante en todo nuestro Himno, hay una estrofa dedicada específicamente a la paz, pero particularmente a la paz interna, entre mexicanos, como una especie de conjura contra las frecuentes guerras civiles que habían asolado el país, y seguirían haciéndolo por mucho tiempo más. Golpes, cuartelazos y guerras civiles habían prevalecido después de la Independencia, misma que implicó la muerte aproximadamente de cerca del 10% de la población novohispana. Al grado en el cual, para 1839 (con varios cuartelazos fallidos y exitosos en el registro del nuevo país), el orador para la ceremonia de Independencia en ese año reflejó el abandono del original optimismo y puso el dedo en la llaga: “Dilacerada la Patria por esta pugna, originada por la deplorable desunión de sus hijos, han quedado ilusorias sus más gratas esperanzas, desalentados y abatidos los buenos mexicanos”. Y otro orador, con excesivo optimismo —o quizá ingenuidad— expresaba la siguiente esperanza: “Cesen pues, los partidos; abracémonos fraternalmente; sepúltense pues para siempre en el olvido los enconos y opiniones; y sea la única divisa de todos la Patria... Destiérrese de la política la funesta revalidad de clases”.

El año siguiente, el orador en turno se congraciaba con sarcasmo: “Es fortuna y también gloria extraña, que hayamos conservado hasta ahora nuestra trabajosa existencia nacional... Largas guerras civiles han agotado... el entusiasmo que acompaña a la regeneración de los pueblos”. Las divisiones afloraban incluso cuando se cernía sobre el país una amenaza externa, como ocurrió durante la guerra con Estados Unidos (y más tarde, desde luego, durante la intervención francesa). Ya lo había vislumbrado uno de los conservadores que más tarde invitó a Maximiliano; José María Gutiérrez de Estrada. En 1940, ese personaje escribió: “Si no variamos de conducta, quizá no pasarán veinte años sin que veamos tremolar la bandera de las estrellas norteamericanas en nuestro Palacio Nacional”. No hubieron de pasar veinte años, sino sólo seis para que tan triste escena tuviera lugar (la bandera norteamericana ondeó en el Zócalo por cerca de un año). Ya en plena guerra contra nuestro vecino del Norte,

estalló una rebelión en la ciudad de México contra el gobierno; la rebelión de los Polkos, planeada y respaldada por la Iglesia católica mexicana para proteger sus propiedades (pues el gobierno quiso cobrarle cuotas para financiar la defensa nacional). En esa ocasión, el cónsul norteamericano en nuestro país Black John, escribió a su gobierno:

¿Qué pueden pensar las naciones extranjeras de esta gente, que bajo ninguna circunstancia deja de entregarse a luchas civiles para aniquilarse recíprocamente, no obstante que más de la mitad de su país se encuentra ocupado por fuerzas extranjeras, y la otra en peligro de seguir la misma suerte?

Entre los jóvenes rebeldes se hallaba un gran liberal, Guillermo Prieto, que más tarde se arrepentiría de haber participado en aquella revuelta: “Ya se deja entender... la vergüenza y humillación con que debe cubrirnos a los que arrojamos ese baldón (ultraje) sobre nuestra historia en los días de más angustia de la Patria”. Una vez terminada la guerra con Estados Unidos, se confirmó que ésta se perdió en buena parte por las rivalidades internas. Incluso, el orador de la Independencia en 1948, el ya citado José María Iglesias, se quejaba:

Pisaba aún el extranjero vencedor el suelo profanado de la Patria, cuando ya se había levantado contra las autoridades existentes el estandarte de la rebelión, como para dar al mundo un testimonio reciente de que nuestros extravíos son incorregibles. Apenas termina esa revolución, cuando se anuncia otra...y al nuevo pronunciamiento seguirán otros y otros formando una serie interminable ¿Qué corazón no se desconsuela al pensar en ese porvenir luctuoso?

Ese espíritu fue recogido más tarde por Amado Nervo, que en un poema titulado “A México”, dice:

*¡Cese tu lucha fratricida!
¡Da tregua a tu ímpetu suicida!
¿Surges apenas a la vida,
y loco quieres ya morir?*

En otro poema titulado “Mi México”, el propio Nervo afirmaba:

*Nací de una raza triste,
De un país sin unidad,
Ni ideal ni patriotismo,
Mi optimismo, es tan sólo voluntad.*

Y también, Ignacio Manuel Altamirano, político y escritor liberal, escribió una oración en la que le pedía al Creador: “Si a México contemplas... aparta de sus hijos el cáliz de los dueños; aparta de sus hijos el bárbaro rencor”. Curiosamente, pese a su oposición a la Iglesia católica, veía en el guadalupanismo el único punto de unión entre los mexicanos: “Tratándose de la Virgen de Guadalupe, todos los partidos están acordes y en último extremo, en los casos desesperados, el culto a la Virgen mexicana es el único vínculo que nos une”. Probablemente por esa misma razón, Homero Aridjis propuso incluir a la Guadalupeana en la letra del Himno. Y paradójicamente, el propio Santa Anna, cabeza de varios cuartelazos, había escrito años antes (en 1829) sobre la desunión de los mexicanos:

No nos desentendamos de lo que demuestra la experiencia que nosotros mismos hemos adquirido en largos años. Las revoluciones son verdaderos males de falsa trascendencia, y ya venza este partido ya el otro, la nación resiente graves perjuicios... Hablo de esto con datos, y por tanto, estoy muy resuelto a no volver a acaudillar jamás otra revolución.

Desde luego que, por más resuelto que estuviera don Antonio “a no acaudillar otra revolución”, lo hizo en muchas más (incluso, apadrinó en secreto algunas que se levantaron contra su propio gobierno, dado que lo querían transformar de presidente republicano a Dictador Supremo). Por su parte, González Bocanegra también reconoce en el Himno la calamidad que significaba la confrontación permanente entre los mexicanos, y hacía votos para que la guerra se diera, si acaso, sólo contra los invasores: “Ya no más, de tus hijos la sangre, se derrame en contienda de hermanos”. Lejos estaba ese noble deseo de cumplirse; el mismo año en que fue estrenado el Himno inició la revolución de Ayut-

la, con miras a derrocar, de una vez y para siempre, al dictador Santa Anna, cosa que sucedió al año siguiente (1855). En el Plan que animaba ese movimiento se volvía a incurrir en el vicio de identificar como patriotas sólo a quienes comulgaran con las propias convicciones políticas, y a los que no, se les tildaba de traidores: “Serán tratados como enemigos de la independencia nacional, todos los que se opusieren a los principios que aquí quedan consignados”. El triunfo de esa revolución tampoco acabó con las guerras intestinas. En realidad, la propensión al cuartelazo, el golpe militar y la guerra civil, característica de casi todo el siglo XIX mexicano, fue compartida igualmente por el resto del continente latinoamericano. La demolición de las instituciones virreinales, que habían brindado paz y estabilidad por tres siglos —aunque a un elevado costo de injusticia y explotación— dieron lugar a un auténtico vacío de poder. Los nuevos países se enfrentaron al enorme reto de diseñar, partiendo de cero, nuevas reglas e instituciones políticas para darse el mejor gobierno que pudieran conseguir. Pero no había entre los bandos políticos un mínimo acuerdo de cuáles eran esas instituciones; la monarquía o la República; el centralismo o el federalismo; la democracia o la dictadura.

Tal desacuerdo profundo, aunado a la falta de reglas para dirimirlo pacíficamente, generó un constante enfrentamiento armado entre las élites políticas y partidos, entre conservadores y liberales, entre republicanos o monarquistas, o entre facciones dentro de esos bandos, trayendo como consecuencia un largo periodo de anarquía. La desilusión sobre el destino de la América española sobrevino no mucho después de las guerras de Independencia. Cuando uno a uno los nuevos estados se enfrascaron en continuas guerras intestinas, se empezó a generar en muchos países un enorme desencanto. Ilustra ese ánimo una frase impactante del propio Libertador de las Américas, Simón Bolívar, al constatar que, en lugar de la unión que soñó entre los países latinoamericanos, éstos se dedicaban a organizar inacabables reyertas, golpes y revoluciones: “No hay fe en América, ni entre los hombre ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anar-

quía, y la vida, un tormento”. Él mismo fue víctima de un atentado por parte de sus rivales ideológicos, a quienes mandó ejecutar.

Volviendo a México, incluso después de la caída del II Imperio (que muchos consideraron la “segunda Independencia”), continuaron brotes de rebeldía e intentos de golpe contra el gobierno de Juárez, que él supo sofocar. Se mantenía, sin embargo, el deseo colectivo de la paz interna y estabilidad política en México que no terminaba por llegar. Santiago Sierra (hermano de don Justo), compuso en 1868 el poema “La Paz”, con esa renovada aspiración:

¡Calle el clarín guerrero!
 ¡Calle su estruendo la batalla impía,
 y envaine el rudo acero!
 Que el sol de la alegría,
 Anuncia ¡Oh, Patria! de la paz el día.

Paradójicamente, quien eso escribía moriría en un duelo frente a otro ilustre mexicano; el general Ireneo Paz (abuelo de Octavio Paz). ¿Era ese el ejemplo de quienes pugnaban por la paz y fraternidad entre mexicanos? De las rebeliones militares durante la era de Juárez destacó, desde luego, el Plan de la Noria, encabezado por Porfirio Díaz, quien irónicamente proclamaba la “no reelección” por el hecho de que Juárez había ocupado la presidencia desde 1858 hasta que murió (el primer intento golpista de Díaz, el de La Noria, se registró durante una nueva reelección de Juárez en 1871, habiendo participado don Porfirio como candidato y atribuyendo su derrota a un fraude electoral). Ya muerto Juárez, y habiendo sido sustituido por Lerdo de Tejada, don Porfirio organizó un nuevo golpe militar, el Plan de Tuxtepec, en 1876, éste sí exitoso, y que le abrió las puertas a la presidencia hasta el año de 1911 (con un intermedio de cuatro años —de 1880 a 1884— por no poder entonces reelegirse de manera inmediata). Fueron esos años del Porfiriato en los que el México del siglo XIX conoció un periodo importante de pacificación, aunque al mismo tiempo gestando las condiciones para el mayor estallido social y bélico de la historia del México independiente; la revolución de 1910.

IX.- CANTOS PRECURSORES

No sólo costó mucho esfuerzo a México forjarse como una auténtica nación. También tuvo problemas en decidir cuál de varias composiciones musicales se convertiría —en definitiva— en su Himno Nacional. En efecto, pasaron varios años sin que nuestro país contara con este símbolo de su existencia. La mayoría de las naciones latinoamericanas tuvieron un himno tan pronto conquistaron su independencia. Pero mientras el escudo nacional se había asentado ya desde tiempo atrás como símbolo indiscutible de la patria, y la bandera surgió en el momento mismo en que Iturbide decidió consumir la Independencia, pasaban los años sin que los mexicanos pudieran disponer de un Himno único con el cual identificarse.

Una de las muchas paradojas que distinguen nuestra historia es que de las iniciativas e intentos por dar a México un Himno Nacional la mayoría provino de extranjeros de diverso origen. Aún antes de la Independencia surgieron marchas y cánticos patrióticos que muy bien pudieron haber constituido un primer himno, o formado parte de él. Cuando Hidalgo entró triunfal a Valladolid (hoy Morelia) en octubre de 1810, fue recibido con el siguiente poema musical:

*Hoy Valladolid gozoso,
Reconoce sus ventajas,
Ha llegado un gran señor,
Que no se duerme en las pajas.*

Cuando el español Francisco Javier Mina, que había luchado contra Napoleón en su tierra y vino a apoyar a los insurgentes mexicanos, obtuvo un sonado triunfo en San Luis Potosí en 1817, se compuso una *Marcha* por Joaquín Infante, que justamente hablaba no desde la perspectiva de los mexicanos, sino de los extranjeros que con Mina vinieron a luchar por nuestra Independencia:

*De tierras diferentes
Venimos a ayudaros...
En vuestra insurrección...
Quiero daros la mano.*

*Mina está a la cabeza,
De un cuerpo auxiliador,
Venid pues mexicanos,
A nuestros batallones.*

En 1821, poco antes de consumada la Independencia, surgió un canto compuesto por José Torres Cano, cuyas estrofas reflejaban el ánimo del momento:

*Tres siglos oprimidos
Tres siglos de rigor;
Los tres de despotismo,
¿Habrá maldad mayor?*

Se parecía con mucho a los himnos del resto de Latinoamérica, como se vio, pero no prosperó esta composición en México. Poco después otro autor, José María Garmendia, intentó darnos un himno cuyas coplas decían:

*A las armas, valientes indianos
A las armas, corred con valor;
El partido, seguid, de Iturbide
Seamos libres, y no haya opresión.*

Estrofa que recuerda aquella del Himno Nunó-Bocanegra que fue eliminada, donde se exalta la figura de Iturbide:

*Si a la lid contra hueste enemiga,
Nos convoca la trompa (corneta) guerrera,
De Iturbide la sacra bandera,
Mexicanos, valientes seguid.*

En 1826, surgió un nuevo ensayo de himno, cuya letra fue escrita por el poeta cubano José María Heredia, con música del alemán Ernst Ferdinand Wezel:

*Pues otra vez la bárbara guerra
lejos retumbe el profundo rugir
De los aztecas resuene en la guerra
el noble grito, ¡vencer o morir!*

Aquí aparece una evocación de nuestro pasado prehispánico, pero tampoco este opúsculo tuvo éxito. En ese mismo año, los mexicanos Francisco Manuel Sánchez de Tagle, poeta y escritor, y el músico Mariano Elizaga (quien en 1813 había escrito una Canción a Morelos), compusieron un “Himno Cívico para toda Orquesta o Fortepiano”. Exaltaba también el pasado prehispánico y a los caudillos Hidalgo y Allende. Tenía además un claro tono antiespañol, como era la norma en Hispanoamérica. Una de sus estrofas, por ejemplo, entonaba:

*Juran todos salvar a la Patria,
de la mano del ibero brutal,
o perder en la lucha gloriosa,
el aliento postrero vital.*

En 1831, se estrenó un himno cívico, compuesto por Ignacio Sierra y Rosso (quien fue secretario de Relaciones Exteriores y de Hacienda en distintos momentos), en el cual también ensalzaba a Iturbide. Tampoco tuvo fortuna. En 1838, en vísperas de la “Guerra de los pasteles” con Francia, Guillermo Prieto (bajo el seudónimo de Fidel) compuso un canto bélico titulado “Los Cangrejos” (como se les decía a los conservadores), donde llamaba a levantarse contra los franceses, como antes se había mencionado:

*Lodo vil de ignominia horrorosa
Se arrojó de la patria a la frente.
¿Dónde está? ¿Dónde está el insolente?
¡Mexicanos! Su sangre bebed.*

En 1844, para festejar el cumpleaños de Santa Anna (no era presidente a la sazón) se estrenó un nuevo cántico nacional que ensalzaba la figura del “héroe de Zempoala”, evocando su victoria de 1829 (como más tarde lo haría también el Himno de Nunó-Bocanegra). El *Diario Oficial* lo publicó días después, pero sin mencionar a su autor. El poema fue musicalizado por el violinista Eusebio Delgado. La penúltima de las ocho estrofas que lo componían, rezaba como sigue:

*Sí, Santa Anna la patria orgullosa,
hasta el cielo, sus voces levanta,*

*tu cumpleaños, tus triunfos hoy canta,
obsequiando su gusto y deber.*

Más tarde, en 1849, tras la derrota frente a los Estados Unidos, un pianista austriaco de fama mundial y ampliamente admirado en México, Henry Herz, manifestó en el periódico *Siglo XXI* su intención de componernos un himno nacional para dejar constancia de su gratitud y estimación hacia el país, tras una estancia en que brindó varios conciertos. La Junta Patriótica de la Ciudad le encargó la música que, dada la fama del compositor, daba por hecho que sería de gran calidad, y convocó a un concurso para elaborar la letra, cuyo jurado se formaría por la Academia de San Juan de Letrán. Entre los jueces se encontraba el antiguo insurgente yucateco Andrés Quintana Roo (quien también compuso un poema en honor de Iturbide, en el cual no menciona a Hidalgo ni a Morelos). Se trataba del primer concurso nacional con carácter oficial para elegir el himno nacional de México. Dieciséis participantes mandaron su proyecto. Pudo aquí haber concursado González Bocanegra, pero no quiso hacerlo por alguna razón (sujeta a especulación). La Comisión Calificadora señaló que ninguna de las composiciones participantes reunía las características necesarias para ser considerada como “auténtica expresión” de un himno, pues les faltaba “emoción patriótica, exaltación suprema, arrastre (y) estrofas que lleguen directamente al corazón”. Con todo, destacaron dos trabajos; uno, del hijo de un oficial inglés que había venido a México en la expedición de Francisco Javier Mina: Andrés Davis Bradburn. El otro fue el mexicano Félix María Bustamante. El himno de Bradburn, quien recibió una medalla de oro de manos del ministro de Relaciones Exteriores. Reza así:

*Truene, truene el cañón, que el acero,
En las olas de sangre se tiña,
Al combate volemos que ciña,
Nuestras sienes, laurel inmortal.*

*Nada importa morir si con gloria,
Una bala enemiga nos hiere,
Que es inmenso placer al que muere,
Ver su enseña, triunfante, ondear.*

La frase “Nada importa morir” también recuerda, por cierto, el grito de Morelos al ser fusilado: “Morir es nada cuando por la Patria se muere”. El músico austriaco Herz contaba ya con la letra del himno; sólo faltaba imprimirle la música. Se daba por descontado que el país tendría ya su esperado himno. Tardó demasiado Herz en presentar su partitura, que finalmente provocó una gran decepción en el público asistente a su presentación. El gran músico europeo fracasó rotundamente en aquello que con gran alarde había ofrecido, en parte por su desconocimiento del idioma español. Aprovechando el fiasco que significó el himno de Herz, otro músico, en esta ocasión francés, Carlos Boscha, intentó también darnos un himno. Tomó como base el poema de un poeta cubano, Juan Miguel Losada (de nuevo, dos extranjeros), y le puso música, no sin antes dedicarlo al presidente en turno, el general José Joaquín Herrera. No tenía un tono tan bélico como los demás. Entre sus estrofas se leía:

*Mexicanos, alcemos el canto,
Proclamando la hermosa Igualdad,
Y a los ecos, los ecos repitan,
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!*

Se interpretó la pieza en el Teatro Nacional en febrero de 1850, causando gran sensación y entusiasmo. El público asistente otra vez dio por un hecho que México tenía ya su himno, el definitivo. Pero no. Contra todo pronóstico, el fervor por esa nueva composición se esfumó en breve tiempo. Tocó después el turno a un italiano, Antonio Barilli, director de la Compañía de Ópera Italiana, quien presentó un proyecto de himno en la ciudad de México en abril de 1850. Musicalizó el poema de un autor mexicano, pero cuyo nombre no quedó registrado. Gran decepción hubo la noche de estreno, y ese canto pronto se olvidó. Barilli no se daba por vencido, y el año siguiente insistió en darnos un himno, dedicándolo al nuevo presidente, el general Mariano Arista. Nuevo fracaso. Nadie satisfacía al país necesitado de un himno, y los extranjeros parecían ser los más interesados en darnos uno. Vino la intentona de otro austriaco, Max Maretsek. Pero nada. Evidentemente no se trataba de una empresa sencilla pues los mexicanos se mostraban sumamente exigentes en esto del himno.

Cuando Santa Anna ocupó su última presidencia en 1853, encumbrado ya como “Su Alteza Serenísima», buscó una nueva oportunidad de dotar al país de su himno. Para recibir al nuevo presidente, el Teatro Nacional preparó una función de gala en la que el maestro Italiano Inocencio Pelligrini cantó un himno patriótico dedicado a Santa Anna. Pero éste ni siquiera se molestó en asistir. El cántico de Pelligrini cayó rápidamente en el olvido, como los demás.

Y al final de ese mismo año, surgió otro ensayo más, en esta ocasión de un compositor apellidado Infante, y aunque también dedicó su obra a Santa Anna —por lo visto, todos los aspirantes a darnos un himno debían quedar bien con el presidente en turno— no corrió con más suerte que los demás. En todo caso, pueden verse en estos intentos de himno que el lenguaje y los contenidos no son diametralmente distintos uno de otro, y se asemejan también en grado no pequeño al Himno de Nunó-Bocanegra; todos reflejan el ambiente político y la moda poética de México en el siglo XIX (o de todo Iberoamérica, para ser más exactos).

X.- NACIMIENTO DEL HIMNO

Antes de continuar con las peripecias del Himno, conviene hacer una breve semblanza de quienes serían sus autores definitivos. Francisco González Bocanegra nació en San Luis Potosí en 1824. Su padre, José María González Yáñez, era un militar español enrolado en el ejército realista que luchó contra los insurgentes, y su madre era oriunda de la ciudad de Aguascalientes. La familia se vio obligada a abandonar el territorio nacional cuando en 1827 fue expedida la primera Ley de Expulsión de los Españoles, producto del ambiente antihispano que prevalecía sobre todo con la caída de Agustín de Iturbide, quien había intentado conciliar a mexicanos y españoles. Con el advenimiento de la República, en 1824, renació el temor y resentimiento a los españoles —pues algunos conspiraban contra la recién lograda autonomía mexicana, como el padre Joaquín Arenas, quien fue fusilado—. Por lo cual se aprobó finalmente la Ley de Expulsión, en la que se estipulaba la salida de todos los españoles en un plazo de seis meses.

El padre de González Bocanegra hubiese podido pedir una excepción por estar casado con mexicana y tener vástagos nacidos aquí, pero ello exigía juramentar “la Independencia, la Constitución, el Gobierno, y las Leyes Generales de la Nación”, principios que don José María había combatido durante la guerra de Independencia. Y no quiso cambiar su posición política contra la Independencia mexicana. Ello, aunado al ambiente de hostilidad que de cualquier forma prevalecía en contra de los españoles, llevó a don José María a regresar a su patria. Francisco tenía entonces escasos cinco años. Cuando finalmente España reconoció la independencia de México, en 1836, pudo la familia González Bocanegra regresar a México sin temor alguno. Decía el tratado respectivo firmado por ambos países: “Habrá total olvido de lo pasado y una amnistía general y completa para todos los mexicanos y españoles, sin excepción alguna, que puedan hallarse expulsados, desterrados, ausentes, ocultos”. Francisco contaba entonces con trece años.

El padre de Francisco lo encaminó a la actividad comercial, pero ésta no le satisfizo y en cambio sentía atracción por las letras. En sus ratos libres se dedicaba a leer y escribir algunos poemas y

párrafos literarios. Más tarde, obtuvo la venia paternal para partir a la ciudad de México. Ahí frecuentaba a diversos hombres de letras, estudiantes y maestros, en la Academia de San Juan de Letrán y en el Liceo Hidalgo. Asistía a tertulias de creación y reflexión literaria. Conoció a su prima, Guadalupe González del Pino, con quien contraería nupcias más tarde. Era Guadalupe la musa que él llamaba “Elisa”. La literatura no le daba a Francisco el necesario sustento económico —aunque sí espiritual—, por lo que hubo de enrolarse en el servicio público. Fue Administrador General de Caminos; Censor de Teatros, y durante el gobierno del conservador Miguel Miramón, director del “Diario Oficial”.

En cuanto a Jaime Nunó, nació también en 1824 (como Bocanegra) en un pequeño pueblo de Cataluña, San Juan de las Abadesas, en la región de Gerona, cerca de los Pirineos. Ante una epidemia de cólera que invadió el poblado (y mató a su padre), el pequeño Jaime partió con su madre a Barcelona, a casa de un tío. Su madre murió a poco de haber llegado a esa gran ciudad (también víctima del cólera), quedando el niño al cuidado de su tío Bernardo, quien lo llevó al coro de la catedral. Ahí ganó por concurso la plaza de soprano solista, lo que le permitió continuar su educación musical a cargo del Cabildo de la ciudad. Años más tarde, el propio Cabildo, reconociendo el talento musical de Jaime, lo envió becado a Roma cuando contaba apenas con diecisiete años de edad. Ahí escribió pequeñas composiciones y algunos vales, el ritmo de moda en Europa. Después de varios años de productivo estudio, Jaime retorna a Cataluña, donde compuso arias, motetes, misas y piezas de orquestación. También dirigió pequeñas orquestas e impartió lecciones de música. Ante una creciente popularidad, el gobierno de su país lo nombró Director de la Banda del Regimiento de la Reina, cargo de gran distinción.

Tenía apenas 27 años de edad cuando su gobierno decidió trasladarlo a la isla de Cuba, todavía bajo dominación española (hasta 1898) para organizar y dirigir las bandas militares de aquella colonia. Se ganó ahí el respeto y la admiración de los habitantes de la isla. En marzo de 1853, el azar lo hizo conocer a don Antonio López de Santa Anna, que andaba de paso hacia México, proveniente de su lugar de exilio en Turbaco, Colombia, para

ocupar una vez más —y por última ocasión— la presidencia mexicana. Poco antes, un grupo de políticos mexicanos había viajado hasta Colombia para ofrecerle al general veracruzano la silla presidencial. Al pisar La Habana, Santa Anna conoció a Jaime Nunó, con quien de inmediato trabó amistad, y lo invitó a participar como director de Bandas Militares de México, con un alto estipendio (lo que no dejó de generar frustración e irritación en otros músicos mexicanos que aspiraban a ese honroso cargo, molestos de que se le hubiera concedido a un español).

Ya en México, se convocó a otro certamen nacional para escribir el himno mexicano, “Deseando el señor Presidente que haya un canto verdaderamente patriótico”. Eso, para festejar el 25º aniversario de la derrota a la expedición del brigadier Barradas, hecho del que —como se relató— Santa Anna fue figura central. Habrían dos premios, como cabía esperar; uno para el autor de la letra y otro para el compositor de la música. Venía primero la letra, sobre la cual se daría después un mes a los aspirantes a musicalizarla. De nuevo, González Bocanegra no quería concursar pese a tener las dotes suficientes para ello; algunos biógrafos consideran que se debía a su timidez, pero otros, más generosos, lo atribuyen a su gran modestia. Es entonces cuando su novia y musa Guadalupe (“Elisa”) intenta animarlo a participar, hablándole del honor de servir a la Patria y de la inmortalidad que de ese modo podría conseguir, pero no lo logra. Francisco se muestra reticente. No le queda más remedio a “Elisa” que encerrarlo en un estudio —lleno de libros de historia de México para que se inspirara—, bajo amenaza de no dejarlo salir hasta que terminase un poema patriótico. Escribe varios bosquejos que rompe al leerlos. Hasta que uno de tales ensayos le satisface, y lo pasa por debajo de la puerta para que su novia lo libere de su pequeño y breve cautiverio (de cuatro horas).

Hubo 24 composiciones concursantes. En febrero de 1854, el jurado dio por ganador a González Bocanegra. Vino después el concurso para la música. Se inscribió Jaime Nunó —con otros 15 participantes— bajo el seudónimo de “Dios y libertad” y sólo con sus iniciales, J.N. en sobre cerrado. Eso, porque algunos jurados lo conocían y no tenía buenas relaciones con ellos (además

de las envidias y rencillas que generaba su cargo). Y como también podían detectar su caligrafía, que conocían muy bien, pidió a su amigo el guitarrista Narciso Bassols, igualmente catalán, copiar con su propia mano la partitura para no ser reconocido. Una pequeña triquiñuela, aunque no ilegal después de todo. El propio Bassols recordaría el episodio en 1901: “Al presentar su obra a la calificación (Nunó) temió que algunos de los sinodales, que podían ser o eran enemigos suyos, le echaran el punto en contra, conociendo el carácter de su tipo musical, y para salvar este inconveniente, me encargó que copiara su original”.

Antes de que se determinase al ganador de la composición musical se registró un episodio peculiar; dos compositores italianos Antonio Barilli —que había intentado dos himnos previos, como se vio— y Giovanni Bottesini —mundialmente conocido—, pretendieron “madrugar” a los competidores oficiales, organizando una función especial en honor de Santa Anna —que regresaba de una derrota militar frente a los alzados de Ayutla— para presentar su respectiva musicalización del himno. Estamos en mayo de 1854, y el himno definitivo que emanara del concurso oficial sería presentado durante los festejos de la Independencia en septiembre de ese año. Los autores de esos dos himnos adelantados (que hoy llamaríamos “cachirules”) buscaban evidentemente que Santa Anna declarara a alguno de ellos como el Himno oficial de la nación. Llama la atención también que Bocanegra se haya prestado a ese intento de “madruguete”, escribiendo un poema distinto al que había resultado ganador en el concurso oficial, probablemente para asegurar que el Himno definitivo, fuese el que fuese, resultará finalmente de su autoría. Muy rápido trocó don Francisco su timidez (o “humildad”) por una audacia inaudita. Además, ese segundo poema estaba dedicado única y exclusivamente a ensalzar a Santa Anna. Dice al respecto Cid y Mulet: “No se explica esta actitud de González Bocanegra. No se explica, si no es teniendo en cuenta la sicosis del momento”. O las ansias de reconocimiento y gloria a como diera lugar, podríamos suponer. Estos ardides ocurrieron con el visto bueno de las autoridades que conducían el concurso (y a quienes no importó que de esa manera se estuvieran alterando los términos del mismo).

En dos días distintos de la celebración —en el Teatro Oriente— se cantó cada uno de esos “cachirules”, buscando que Santa Anna se decidiera por alguno de ellos. La letra, de Bocanegra según se dijo, estaba plétórica de alabanzas a las proezas y liderazgo de “Su Alteza Serenísima”. Pero esos cánticos no lograron entusiasmar al respetable. En todo caso, ambos himnos desmerecieron, pues a ninguna de esas dos funciones especiales asistió el presidente, seguramente más preocupado por la revolución de Ayutla que por el himno nacional. El 15 de agosto finalmente hubo ganador en la composición musical para la letra de Bocanegra, cuyo autor era Jaime Nunó. A éste se le solicitó enviar 220 ejemplares a todas las orquestas militares y oficiales de modo que contaran ya con el Himno en principio definitivo. Para ello don Jaime gastó 690 pesos (de aquella época), que nunca le fueron retribuidos (si bien su salario era de 1,200 pesos al mes). Por cierto que el premio correspondiente a su triunfo tampoco le fue entregado (ni a González Bocanegra), y que constaba de 500 pesos (para cada compositor). Le quedaba a Nunó en cambio el honor de haber compuesto el himno de un país un tanto exótico, y con graves problemas políticos y económicos.

Para celebrar la Independencia de ese año, la Junta Patriótica convocó a varios actos que se llevarían a cabo los días 11, 15, 16 y 27 de septiembre, todos ellos vinculados con la Independencia (15 y 16, el Grito de Hidalgo; 27, la Consumación de la Independencia realizada por Iturbide, y el 11, su Consolidación, encabezada por el propio Santa Anna). Los actos se llevarían a cabo en el Teatro que, no por casualidad, se llamaba Santa Anna. Pero para sorpresa de todos, no se daría a conocer sólo el himno formalmente ganador del concurso oficial, es decir, el de Nunó y Bocanegra, ¡sino que éste competiría, nuevamente, con otros dos alternativos! Uno de ellos era el de Bottesini, el mismo con el que ya había intentado “madrugar” al concurso oficial, y que ahora tendría una nueva oportunidad para que su composición fuera electa como el Himno definitivo. ¡Vaya que Bottesini, por su fama mundial, tenía influencias en el gobierno mexicano para hacer chanchullo tras chanchullo! El público elegiría a través de sus aplausos cuál de los tres cantos se consagraría como el Him-

no Nacional. Eso, pese a que ya oficialmente se había dado por oficialmente ganador el himno musicalizado por Nunó. Decía la invitación a dichos actos cívicos: “De estos tres himnos el entusiasmo patrio debe adoptar el que le agrada, para celebrar los triunfos de la República”. La letra de los tres himnos había sido compuesta por Bocanegra, pero lo que entraba en competencia era, nuevamente, la música. ¿Entonces —debe haberse preguntado don Jaime— para qué el concurso y por qué nombrarlo a él ganador, si ahora volvía a entrar en competencia con otros dos, lo que no estaba contemplado en la convocatoria original? Difícil debe haber sido para Nunó entender la peculiar forma de hacer las cosas de los mexicanos.

La composición de Nunó se presentaría en los actos del 15 y 16 de septiembre (los otros dos himnos serían presentados respectivamente el 11 y el 24 de ese mismo mes). El día 15, el presidente no se dignó asistir, pero sí fue el 16 y oyó finalmente la composición que había ganado el concurso oficial. En ambas ocasiones, el público asistente premió con fuertes aplausos la composición de Nunó y Bocanegra. Con todo, el 1º de octubre el Teatro Oriente convocó a otro acto cívico de manera extraordinaria, en el que se cantaría una cuarta composición —de un autor mexicano desconocido— que también buscaba colarse por alguna fisura como el nuevo y decisivo himno. Esa nueva oda a la nación, para sorpresa de nadie, elogiaba las virtudes y destrezas de... Santa Anna. Dice Cid y Mullet: “Las loas a los jefes son cantos de alabanza que se desgranran en estrofas estereotipadas, cortadas todas, con el mismo patrón”. Es como si hoy en día se abriera un concurso para cambiarle la letra al Himno (suponiendo que hubiera consenso en ello) y sólo se elogiaran los éxitos políticos y virtudes patrióticas del presidente en turno (sin importar el partido ni su desempeño). ¿Aceptarían los mexicanos semejante himno? En la actualidad seguramente no; en aquellos años al parecer sí, pues se daba por algo natural.

Todo indicaba que la composición de Nunó-Bocanegra sería finalmente consagrada como el Himno Nacional. Pero Santa Anna jamás expidió el decreto que oficializara esa pieza como tal. Algunos afirman que no le gustó la estrofa en la que se ensalza a Iturbide, viejo rival del jalapeño (quien encabezó el cuartelazo de Casamata

mismo que derrocó al entonces Emperador Agustín I). O bien, su mente estaba demasiado preocupada en la revuelta armada que se cernía contra su gobierno como para andar oficializando himnos. De hecho, su autobiografía ni siquiera menciona nada respecto al concurso o al Himno. Ante la indiferencia del presidente, González Bocanegra tuvo que imprimir la letra de su creación, pues ninguna institución lo hizo (como ya había ocurrido con Nunó), y la envió a Santa Anna para llamar su atención, con la siguiente dedicatoria: “Al hijo inmortal de Zempoala, al constante defensor de la Independencia y los derechos de la Patria, a su Alteza Serenísima el general Presidente, don Antonio López de Santa Anna”. Pese a ese singular detalle, Bocanegra no logró modificar la apatía de don Antonio hacia el Himno ni hacia su autor.

Y justo mientras todo eso ocurría, la revolución de Ayutla —iniciada desde Acapulco por los liberales Juan Álvarez e Ignacio Comonfort— seguía cosechando triunfos militares. Tal revuelta, según Santa Anna, ocurrió por haber nombrado él como secretario de Relaciones Exteriores al conservador Lucas Alamán. Álvarez advirtió entonces que don Lucas no era bien visto por las fuerzas progresistas, por haber sido miembro del gabinete cuando se asesinó a Vicente Guerrero, y que de insistir en tal nombramiento estallaría una revuelta en el sur. Así ocurrió. Benito Juárez se unió al movimiento llegando a Acapulco —después de su exilio norteamericano— y poniéndose a las órdenes de Álvarez. Varios gobernadores liberales se sumaron al movimiento. Santa Anna intentó legitimarse mediante un plebiscito nacional —sin voto secreto—, en el que Porfirio Díaz votó abiertamente contra el dictador ante los estupefactos funcionarios de casilla, por lo que hubo de huir de inmediato. Pero Santa Anna no logró con ese ejercicio detener ni menos derrotar las armas de los alzados. El General-Presidente había vendido a los norteamericanos un pedazo de territorio nacional (la Mesilla), en realidad minúsculo frente a la tajada que se había servido Estados Unidos tras la guerra del ‘47. Ese gesto molestó sobremanera a muchos mexicanos, y el Plan de Ayutla aludía a dicha venta como un agravio más del santanismo: “Debiendo conservar la integridad del territorio de la República, ha vendido una parte considerable de ella”.

XI.- LA DIFÍCIL CONSOLIDACIÓN DEL HIMNO

Sabiéndose derrotado, su Alteza Serenísima renunció a su última presidencia en agosto de 1855, a un año de estrenado el Himno Nacional que, como cabía esperar, fue identificado con la causa conservadora, por lo que los liberales no le tuvieron mayor aprecio. A partir de entonces vendrían años sumamente difíciles y sangrientos para el país; la Constitución de 1857, su desconocimiento por los conservadores que darían un nuevo golpe de Estado, provocando con ello una guerra civil de tres años (la Guerra de Reforma), en la que triunfarían los liberales. Al final de esta confrontación armada, en su discurso con motivo de la Independencia (en 1861), Guillermo Prieto hacía renovados votos para que con la victoria liberal, terminaran las calamidades de la Nación:

¡Permita el cielo, patria idolatrada de mi alma, que las de estos hijos sean las últimas que te arranque la guerra civil!... ¡Permita el Ser omnipotente que vivifica las sociedades con su soplo, que... reconciliados los hermanos, en paz la Patria, y victoriosa la Reforma, vean depositar a México... sus laureles y sus bendiciones sobre la tumba de nuestros héroes!

Lejos de ello, al año siguiente dio inicio la intervención francesa para allanar el terreno al II Imperio (con Maximiliano de Habsburgo), a invitación del partido monarquista y conservador mexicano. Ese periodo terminó hasta 1867, con la caída y fusilamiento del joven e inexperto príncipe austriaco. Doce años de guerras e intervenciones continuas, en donde lo que menos ocuparía la mente de los beligerantes era definir al Himno Nacional. De modo que los subsiguientes presidentes continuaron utilizando como himno patrio diversas composiciones, confeccionadas especialmente para alabar sus respectivas proezas y su generosidad de carácter. Por ejemplo, Juan Álvarez, líder de la revolución de Ayutla que derrocó a Santa Anna, contó con su propio himno:

*Tú levantas la voz poderosa,
y le emplazas se apreste a la guerra;*

*más a tu eco responden doquiera
guerra a muerte al infame opresor:*

*Ya gozosa mi patria respira,
ya sus hijos bendicen al cielo,
porque vuelve la paz a este suelo,
que le quita el cobarde que huyó.*

“El cobarde que huyó” e “infame opresor” era evidentemente Santa Anna, quien había partido en efecto a un nuevo exilio político tras ser derrocado en 1855. Ya como presidente, Comonfort también estrenó un himno distinto, al volver de una campaña para sofocar uno de los múltiples focos de la rebelión conservadora. Los autores de esa composición fueron J. Rivero Río y la música fue escrita, una vez más, por Antonio Barilli (el mismo que ya había musicalizado antes varios intentos de himno nacional). Este nuevo ensayo no pasó de ahí. Y en 1856, todavía con Comonfort en la presidencia, se anunció otro cántico más para celebrar las fiestas patrias, con vistas a convertirse en nuestro himno nacional. El propio González Bocanegra emprendería poco después, en 1860, un nuevo intento por darnos un himno, en esta ocasión ensalzando la figura del general conservador Miguel Miramón, a la sazón ya presidente formal de México (aunque Benito Juárez mantenía el título presidencial por parte de los liberales, pero despachaba fuera de la capital). En ese nuevo opúsculo, Bocanegra hacía loas al joven mandatario Miramón (quien contaba con 28 años, y había sido ‘Niño Héroe’ sobreviviente de la batalla del Castillo de Chapultepec). Pero ese canto en honor a Miramón confirmó a Bocanegra como conservador, lo que tuvo consecuencias personales y laborales para él al triunfo de los liberales.

Cuando estalló la guerra de Reforma (1858-61) volvieron a enfrentarse liberales contra conservadores con graves daños a la nación. Concluida la guerra civil, al recibir los liberales la noticia de su victoria, éstos no entonaron para celebrarla el himno de Nunó-Bocanegra sino otro que se había compuesto en honor a la Constitución de 1857. Paradójicamente, también entonaron los liberales *la Marsellesa*, que en esos tiempos era tomada como un himno internacional de la causa liberal (como después ocu-

rrió con *la Internacional* entre quienes profesaban el socialismo como ideología en todo el mundo). No sabían aún los liberales en ese momento que al poco tiempo serían los propios franceses quienes “profanarían con su planta” el suelo mexicano, y no precisamente para defender la República (que es el espíritu esencial de *la Marsellesa*, como se vio), sino una nueva monarquía.

Maximiliano rescató y reconoció el Himno de Nunó-Bocanegra, por si faltara algo para identificarlo con el bando conservador. Por lo cual, en 1867, ya bajo la República Restaurada con Juárez, se convocó a un acto cívico para honrar al Benemérito, donde se decía: “México no tiene una canción verdadera y exclusivamente nacional, pues no tienen ese carácter la de Herz ni el Himno de Nunó” (por ser ambos extranjeros). A la Sociedad Filarmónica Mexicana (hoy el Conservatorio Nacional de Música) le tocó llenar ese vacío, y se encomendó a Aniceto Ortega —director de la Sociedad— la composición de una marcha para esos efectos. Eso, pese a que Ortega había sido funcionario del II Imperio en algún momento. La confrontación ideológica seguía impidiendo la adopción de un himno único reconocido por todos los mexicanos. De esa convocatoria surgió la *Marcha Zaragoza* (evidentemente en honor al héroe del 5 de mayo), de la cual Ignacio Altamirano escribió que se trataba de “la Marselesa de México (pues) es hija de la victoria y no del dolor, y por eso sus armonías todas no se traducen en lamentos ni en quejas, sino en gritos de alegría”. La *Marcha Zaragoza* era una obra altamente ideologizada en contra de los conservadores mexicanos y los invasores franceses, centrándose evidentemente en la batalla del 5 de mayo. Dice, por ejemplo:

*Al estallido del cañón mortífero,
Corrían los zuavos en gran confusión,
Y les gritaban todos los chinacos,
Vengan traidores, tengan su intervención.*

*Les ayudó el traidor de Miramón,
Alto al fuego, ya corren los traidores,
Ni vergüenza tuvieron, ni pudor.*

¡AL GRITO DE GUERRA!

*Toquen diana, clarines y tambores,
Un día de gloria, la Patria que triunfó.*

Esta obra fue el Himno Nacional durante el gobierno de Juárez, hasta su muerte en 1872. Y quizá por eso Porfirio Díaz prefirió rescatar el cántico de Nunó-Bocanegra; la *Marcha Zaragoza* había quedado demasiado identificada con el Benemérito. Además, Díaz buscó una reconciliación entre los mexicanos, fuesen de tinte liberal o conservador (lo que infructuosamente había intentado Maximiliano). Y en efecto, fuera de las estrofas en honor a Iturbide y Santa Anna, el poema de Bocanegra resultaba más neutral e inclusivo que el de Ortega. Pese a lo cual, seguían vivos los resentimientos hacia el himno conservador de Nunó y Bocanegra. Así, en 1881, el diario capitalino *La Patria*, escribió:

El conocido hasta hoy como Himno Nacional fue obra de un filarmónico español llamado Jaime Nunó. Adquirió popularidad y se vulgarizó en tiempos del Imperio y por orden de Maximiliano. No puede, en consecuencia, ser Himno Nacional, porque ni su música ni su letra valen lo que debían valer, y carecen del requisito de nacionalidad.

Aún así, el gobierno porfirista mantuvo como Himno la composición de Nunó-Bocanegra. Y curiosamente, el debate sobre la pertinencia y eventual cambio de su letra (o partes de ella) se dio primeramente en 1910, pues para los festejos del centenario de la Independencia la Secretaría de Instrucción y Bellas Artes ordenó retirar las estrofas alusivas a Santa Anna e Iturbide (lo que era comprensible). Pero más allá de eso, incluyó algunos cambios en ciertas estrofas. En el coro, por ejemplo, en lugar del tradicional “Mexicanos al grito de guerra”, se introdujo lo siguiente:

*Pero nunca ese grito de guerra,
Entre hermanos repita el cañón,
Solo cante, ya libre, la Tierra,
Su himno santo de paz y de unión.*

Desde luego, se intentaba darle al Himno un sello de mayor armonía y paz entre los mexicanos, y menos de guerra y ca-

ñones estruendosos (tal como ahora algunos han propuesto). Paradójicamente, se estaba a unos meses de que estallara el mayor enfrentamiento bélico entre mexicanos —la Revolución de 1910—, que se prolongó por varios años. De cualquier forma, surgieron varias protestas por el pretendido cambio en el coro y otras estrofas, de modo que se decidió mantener la letra original. Más tarde, los gobiernos revolucionarios insistieron en que no cabía cambio alguno en el Himno, pues siendo uno de los símbolos nacionales reconocidos, alcanzaba un estado de sacralidad.

XII.- EL DESTINO DE LOS AUTORES

Al triunfar la causa liberal, Francisco González Bocanegra continuó con su vida. Siguió en la literatura y la poesía, y compuso el drama *Vasco Núñez de Balboa* en honor al descubridor del Océano Pacífico. Y siguió con sus encomiendas burocráticas como Censor de Teatros. Pese a sus elogiosos escritos a Santa Anna (en forma de himnos), los liberales no le molestan. De hecho, mantiene estrecho contacto con algunos de los más moderados. Cuando los conservadores dan un golpe de Estado —el Plan de Tacubaya, al que se le suma Comonfort— queda como presidente interino Benito Juárez, quien sin embargo se ve obligado a abandonar la ciudad de México, en tanto que asciende como nuevo presidente Miguel Miramón. Es entonces cuando González Bocanegra es nombrado como director del *Diario Oficial* (y le dedica a Miramón un nuevo himno, como se vio). Ocupa ese puesto durante la guerra civil entre conservadores y liberales y cuando éstos últimos resultan victoriosos en 1860, retorna al poder Benito Juárez. Los conservadores, sin embargo, continuarán desde la sombra y desde el extranjero sus esfuerzos por hacer triunfar su causa.

Francisco se ve obligado a dejar su puesto en el *Diario Oficial*, pero dada la animosidad política producto de las interminables confrontaciones entre liberales y conservadores, le invade el temor de ser identificado con el partido derrotado y sufrir alguna persecución política. Se mantiene huidizo y se va a vivir con un tío, de cuya casa no salía sino por las noches para visitar a su esposa e hijas. No pasó mucho tiempo para que falleciera, el año 1861, apenas a los 37 años, en medio del temor, la miseria y la enfermedad (murió de tifo). Con todo, su muerte no pasó desapercibida. Algunos diarios le dedicaron incluso algunos elogios sobre su obra literaria, pero ninguno lo identificó como el autor del Himno Nacional (pues en realidad éste no había sido oficializado como tal, y por tanto no había una única composición que fuera reconocida por todos). En 1901, el gobierno de Porfirio Díaz decidió honrarlo como el autor del Himno (reconocido finalmente por el propio don Porfirio como el “bueno”), y los restos de don Francisco (que yacían en el panteón de San

Fernando) fueron homenajeados con coronas de flores. A esa ceremonia asistieron su coautor don Jaime Nunó, así como la familia de Bocanegra. Ahí surgió la propuesta de trasladar sus restos al Panteón de Dolores, cosa que hizo el Ayuntamiento de la Ciudad. Y en 1932, se decidió desplazarlo a la Rotonda de los Hombres Ilustres. En el santoral cívico mexicano prácticamente no hay un solo héroe conservador (Iturbide, se acaso, con muchos asegunes). Francisco Bocanegra es probablemente la excepción no por su aporte político, sino literario.

Por su parte Jaime Nunó, a la caída de su amigo Santa Anna, pasó unos meses en la sombra esperando que se calmara el temporal. No tenía en realidad ninguna responsabilidad en los atropellos hechos por su jefe, pero el ambiente político le hizo temer ser acusado políticamente u objeto de alguna venganza. Por lo cual, tras unos meses en México, decidió retornar a Cuba (en octubre de 1856). Ya de malas, en su viaje a Veracruz su diligencia fue asaltada, quedándose con una mano adelante y otra atrás (es decir, sin nada). Pasa un tiempo en Cuba ocupado en nuevas tareas y labores que le encomiendan como músico. Y habiendo aceptado una gira a Nueva York, decidió quedarse ahí en busca de nuevos horizontes y oportunidades. No le fue mal, dado su probado talento. Obtuvo bien remunerados trabajos e hizo giras exitosas. Pudo incluso visitar su patria. En 1864 recibe la invitación para hacer una gira a Centroamérica que culminará en México, misma que desde luego acepta con gusto. Ya para entonces está instalado el segundo emperador, Maximiliano. La temporada en México durará cinco largos meses. Sus enemigos en México difunden entonces la especie de que Nunó había regresado específicamente para buscar acomodo con el nuevo emperador de México. Nunó, independientemente de esos reproches, retorna a continuar su vida en donde se había ya instalado; Nueva York. A edad madura contrae nupcias con una joven alumna, Catalina Remington, y se establece en la ciudad de Buffalo.

En 1901 se abre una nueva oportunidad de visitar México. Unos altos funcionarios mexicanos lo detectaron en Buffalo. El encuentro fue casual. Nunó frecuentaba un restaurante donde conversaba con su dueña. Le había contado sus peripecias en México y dijo

haber musicalizado su Himno Nacional. Durante una *Exposición Iberoamericana* realizada en Buffalo, un capitán mexicano del Estado Mayor que iba en la delegación, acudió con algunos colegas al mismo restaurante que frecuentaba Nunó. La dueña, al enterarse de la nacionalidad de sus comensales, le comentó al capitán:

- Ese anciano que usted ha saludado en el corredor, es músico, un maestro de canto muy conocido. Dice que ha compuesto una pieza muy popular entre los mexicanos. Se llama Jaime Nunó.

El capitán, quien reconoce el nombre de quien musicalizó el Himno, se presenta ante él y le dice:

- Soy mexicano; lo conozco a usted como el autor de mi Himno.

Le explica Nunó al mexicano que no cobró el premio por su composición:

- Cuando cayó el gobierno del general (Santa Anna), temí una persecución y abandoné el país. Sin embargo, una de las grandes satisfacciones de mi vida consiste en que México exprese en la música que he compuesto sus más ardientes sentimientos de patriotismo.

Los delegados mexicanos visitaron a Nunó y lo homenajearon en su propia casa, llevándole incluso la Banda de Artillería que también había sido desplazada a la *Exposición Iberoamericana*. Ahí se interpretaron canciones mexicanas del gusto del para entonces ya viejo catalán (76 años), así como el propio Himno. Nunó estaba agradecido con el acontecimiento, pues había dado el episodio mexicano por cerrado. Los militares mexicanos cuentan su hallazgo al regresar a México. El diario *El Universal* destaca como nota principal el redescubrimiento del compositor catalán:

Nunó, el autor de nuestro amado Himno que nos arranca lágrimas en el extranjero y en las ocasiones solemnes de la vida patria, que alienta el valor de nuestros soldados en el combate, que pone una nota de intensa alegría y esperanza en nuestros festivales de paz y progreso... está anciano, pobre, y aunque vive con decoro y nada reclama, merece un premio digno de la magnificencia y de la cultura de nuestra Patria.

Se proponía para ello una suscripción nacional para que los ingresos así recabados fueran a las manos de Nunó:

Todos, sin excepción de clases ni partidos, debemos contribuir a la noble y patriótica obra de la suscripción nacional en favor de D. Jaime Nunó; no es al español, no es al artista, a quien ofrecemos nuestro donativo; es al autor de nuestro canto de guerra, el sintetizador de nuestra nacionalidad y patriotismo.

El presidente Díaz considera buena idea invitar al compositor catalán a dirigir la orquesta en los festejos de la Independencia ese mismo año. El viaje por tren de Nunó a la Ciudad de México fue venturoso, pues en cada parada era recibido por los pobladores locales como toda una celebridad. Ya en la capital se le trató casi como héroe; ceremonias, visitas: “Arcos de triunfo, alfombras de flores naturales, banderas y estandartes, vítores y aplausos lo reciben a su paso”, escribe Cid y Mulet. *El Universal*, por su lado, reseñaba la recepción de la siguiente forma:

En todos los rostros se pintaba el júbilo, todos los corazones rebozaban de entusiasmo... De todas partes de la ciudad aflúan patriotas... Gente de todas clases sociales estaban ahí... iban a contribuir a la solemne apoteosis de Jaime Nunó... Una señorita se abrió paso entre la multitud y ofreció al visitante un exquisito ramillete de gardenias enlazadas con grandes bandas tricolores.

Es llevado a su hotel en “lujosa carretela abierta” en medio de “infinitas ovaciones”. Según el diario, emocionado don Jaime, declaró: “Estoy dormido, para mí es un sueño todo lo que pasa y mi emoción no me deja hablar”. Acude Nunó el día siguiente al Castillo de Chapultepec, donde es bien recibido por el presidente Díaz y la primera dama. Es declarado huésped distinguido y se rencuentra con su amigo, el músico catalán Narciso Bassols. Deben suspenderse por la lluvia los festejos de los días 15 y 16 de septiembre, cuando don Jaime llevaría la batuta en la interpretación del Himno de su autoría, y que sería cantada por cientos de niños. Dicho acto fue pospuesto hasta al día 17, cuando tiene lugar la celebración. El día 20 hay una ceremonia

especial para Nunó en el Teatro Arbeu, y ahí le ciñen en la sien una corona de laurel hecha en oro en medio de aplausos y vivas de la concurrencia. Sólo que dicha corona fue regalo de dos conocidos conservadores, lo que fue visto por muchos con recelo.

En sus dos estancias anteriores en México, Nunó nunca tuvo tanto reconocimiento público. El diario *El País* propuso que se le concediera una pensión vitalicia que le permitiera vivir en suelo mexicano sus últimos años. Pero el Congreso de la Unión, quien formalmente debía tomar esa decisión, sólo le expidió un pago único por 2,000 pesos, insuficientes para residir en México, evidentemente. Por otro lado, siendo constantemente entrevistado por diversos diarios, generó polémica al negar cualquier convicción conservadora y declararse un liberal de siempre: “Soy acérrimo partidario de las ideas liberales. Jamás he pertenecido al bando conservador”, y dijo haber participado en el concurso del Himno no por identificarse con el General Santa Anna, sino por los 500 pesos del premio. Todo lo cual reavivó carbones de viejos fuegos, y varios periodistas liberales le empezaron a criticar: “A México llegó muy liberal, pero en cuanto los conservadores como D. Trinidad y D. Victoriano le mandaron a hacer una corona (de oro), y dijo que era falso testimonio todo aquello de ‘soy librepensador’... y otras fanfarronadas”.

Otro periodista escribió: “Dícese que el Sr. Nunó aseguró que el Himno lo había compuesto sin más impulso que el premio de los 500 pesos. Que, con tan bastardo objetivo... no hizo más que una faena vulgar”. Y otro más agregaba: “Don Jaime Nunó no es ninguno de nuestros hombres ilustres. La nación tiene una deuda con él de 500 pesos. Eso es todo”. E incluso la tomaron contra el propio Himno: “Su polka no pesa en nuestros triunfos guerreros ni como causa primordial, ni como elemento secundario”. El ambiente en torno suyo se enfriaba, e incluso los munícipes de la ciudad le indicaron que era hora de irse “con su música a otra parte”. Su retorno no fue nada comparable con su llegada. Sólo unos pocos le acompañan por una mínima cortesía. Debe pues regresar a su casa en Buffalo a continuar con la normalidad de su vida. Desde ahí, escribe a don Porfirio solicitándole algún trabajo para poder establecerse y morir en México, pero el presidente ni siquiera le responde.

Con todo, en 1904 vuelve a ser invitado para la celebración justo de los 50 años del Himno Nacional, durante el mes patrio. Acepta entusiasmado, pero a diferencia de su anterior visita, durante su viaje nadie parece percatarse de quién es. Peor aún, nadie se presentó a recibirlo en la capital. Hubo de ir por su propio pie al hotel más cercano a la estación de tren. El trato que le dieron los mexicanos entonces fue el de un ilustre desconocido. Nadie se preocupaba ya por el compositor. Un contraste brutal con su recibimiento en 1901. En los días siguientes una pequeña delegación se presentó finalmente a su hotel a darle la bienvenida e informarle del programa ceremonial del 15 de septiembre. Ese día, tras “el Grito”, venía la entonación del Himno dirigido por Nunó. Pero nadie le dio ya la menor importancia al maestro. Se le organizó una ceremonia en el Teatro Renacimiento días más tarde, pero prácticamente nadie asistió. Un radical cambio de actitud en sólo tres años. Don Jaime se quedaría en México hasta el 1º de diciembre, fecha en que el señor presidente tomaría posesión, nuevamente, de la presidencia de la República.

El compositor catalán decidió en esos días hacer algo para cambiar su decepcionante situación, y reunir suficientes fondos para trasladarse a México de manera definitiva. Compone una *Marcha Heroica Porfirio Díaz* para ser estrenada durante la toma de posesión del presidente mexicano. Pide por su nueva obra 200 pesos, que le son pagados de mala gana por funcionarios porfiristas. En la presentación de su nuevo opúsculo la respuesta del público fue más bien fría; un fracaso. Salió del país como vino; en medio de la indiferencia nacional. Ya nadie le acompaña a la estación. Todavía en su residencia de Buffalo, acarició la idea de regresar a radicar a México los días que le restaran de vida, y solicitó algún empleo a don Porfirio, quien una vez más siquiera se dignó a responderle. Enfermo y empobrecido, al cuidado de uno de sus hijos, murió en 1908, a los 84 años. Hubo de pasar tiempo para que se le diera un renovado reconocimiento *post-mortem*, cuando en 1942 el presidente Manuel Ávila Camacho dispuso que sus restos descansaran, como los de González Bocanegra, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

XIII.- COMPRENDER EL HIMNO

Es poco probable que, como han sugerido algunos, el Himno mexicano cambie su letra, integrando valores y anhelos más propios del siglo XXI y con un lenguaje más usual en la actualidad. Pero es posible hacer el ejercicio de difundir el significado de las palabras y frases, algunas de las cuales pueden resultar incomprensibles a muchos mexicanos de hoy. Haremos aquí el ejercicio de integrar una especie de glosario para cada estrofa, ofreciendo sinónimos a las palabras menos usuales actualmente, de modo que debidamente comprendidos, los mexicanos al entonar el Himno, puedan tener en mente su significado. Parece mejor eso que simplemente enseñar y aprender de memoria las estrofas, que componen nuestro cántico patrio. Recordemos que las estrofas IV y VII fueron suprimidas del Himno original, por referirse a Iturbide y Santa Ana.

(CORO)

*Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y re tiemble en sus centros la tierra
Al sonoro rugir del cañón.*

GLOSARIO:

Acero: se refiere a la espada, el florete, el machete.

Aprestad: preparen, prevengan, empuñen (la espada, en este caso).

Bridón: Montura, corcel o caballo de guerra, ensillado y con brida (rienda).

I

*Ciña ¡Oh Patria! tus sienas de oliva
de la paz el arcángel divino,
que en el cielo tu eterno destino
por el dedo de Dios se escribió.*

*Mas si osare un extraño enemigo
profanar con su planta tu suelo,
piensa ¡Oh Patria querida! que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.*

GLOSARIO:

Ciña: (de Ceñir): Tomar, agarrar, sujetar.

Sienes: Los lados de la frente.

Oliva: Rama del olivo (aceituna), utilizada antiguamente como símbolo de victoria, al colocarlo (ceñirlo) en la frente (las sienes).

La estrofa podría parafrasearse como sigue: “Que el arcángel divino ponga la corona de la victoria y la paz sobre tu cabeza”.

Osare (de osar): Atreverse, intentar, arriesgarse.

Profanar: Manchar, humillar, violar, deshonar, envilecer.

Planta: Pie.

La estrofa “Más si osare un extraño enemigo, profanar con tu planta tu suelo”, podría decirse así: Pero si algún enemigo extranjero se atreviera a manchar con su pie tu territorio.

II

*En sangrientos combates los viste
por tu amor palpitando sus senos,
arrostrar la metralla serenos,
y la muerte o la gloria buscar.*

*Si el recuerdo de antiguas hazañas,
de tus hijos inflama la mente,
los laureles del triunfo, tu frente,
volverán inmortales a ornar.*

GLOSARIO:

Palpitando sus senos: (sentir emoción y entusiasmo).

Arrostrar (de rostro): afrontar, dar la cara, hacer frente.

Metralla: ametralladora, fusil, arma de fuego.

Laureles: planta con la cual se elaboraban coronas que, al ponerlas en la cabeza, simbolizaban victoria o triunfo.

Ornar: adornar, lucir, exhibir.

III

*Como al golpe del rayo la encina,
se derrumba hasta el hondo torrente,*

¡AL GRITO DE GUERRA!

*la discordia vencida, impotente,
a los pies del arcángel cayó.*

*Ya no más de tus hijos la sangre,
se derrame en contienda de hermanos,
solo encuentre el acero en tus manos,
quien tu nombre sagrado insultó.*

GLOSARIO:

Encina: tipo de árbol.

Torrente: corriente de agua.

Discordia: conflicto, rivalidad, enemistad, enojo.

“Ya no más de tus hijos la sangre, se derrame en contienda de hermanos”. (Que no haya más guerra ni combates entre los propios mexicanos).

“Sólo encuentre el acero en tus manos, quien tu nombre insultó”. (Que sólo los enemigos que desafíen a la Patria sean combatidos por la espada, por las armas de los mexicanos).

V

*¡Guerra, guerra sin tregua al que intente,
de la patria manchar los blasones!
¡guerra, guerra! los patrios pendones,
en las olas de sangre empapad.*

*¡Guerra, guerra! en el monte, en el valle,
los cañones horrisonos truenen,
y los ecos sonoros resuenen,
con las voces de ¡Unión! ¡Libertad!*

GLOSARIO:

Blasones (de blasón): Escudo de armas, emblema, símbolo.

Pendones (de pendón): estandarte, bandera, insignia.

Horrisono: de sonido horrible, ensordecedor, ruidoso, escandaloso, estrepitoso.

Eco: resonancia, repetición de sonidos.

“Guerra, guerra sin tregua al que intente, de la patria manchar los blasones”. (Haremos la guerra sin cesar al que pretenda ensuciar la bandera y los símbolos de México, o derramar la sangre de los mexicanos).

VI

*Antes, Patria, que inermes tus hijos,
bajo el yugo su cuello dobleguen,
tus campiñas con sangre se rieguen,
sobre sangre se estampe su pie.*

*Y tus templos, palacios y torres,
se derrumben con hórrido estruendo,
y sus ruinas existan diciendo,
de mil héroes la patria aquí fue.*

GLOSARIO:

Inermes: sin armas, indefensos, desprotegidos.

Yugo: dominación, conquista, sumisión.

Dobleguen (de doblegar): Doblar, vencer, derrotar, someter.

Estampar: marcar, imprimir, dibujar, grabar.

(Que los campos se rieguen de sangre, antes de que los mexicanos, indefensos, sean sometidos, y que sean derrumbados edificios y construcciones, cuyas ruinas serán testimonio del heroísmo de los patriotas caídos).

VIII

*Vuelva altivo a los patrios hogares
el guerrero a contar su victoria,
ostentando las palmas de gloria
que supiera en la lid conquistar.*

*Tornáranse sus lauros sangrientos
en guirnaldas de mirtos y rosas,
que el amor de las hijas y esposa
también sabe a los bravos premiar.*

GLOSARIO:

Altivo: orgulloso, satisfecho.

Ostentando (de ostentar): exhibir, lucir, mostrar, portar.

Las palmas de gloria: los símbolos de la victoria.

“Que supiera en la lid conquistar” (que ha conseguido en la batalla).

“Tornáranse sus lauros sangrientos, en guirnaldas de mirtos y rosas” (que se conviertan las sangrientas victorias de los soldados, en coronas de flores, símbolos de triunfo y victoria).

IX

*Y el que al golpe de ardiente metralla
de la Patria en las aras sucumba,
obtendrá en recompensa una tumba
donde brille de gloria la luz.*

*Y de Iguala la enseña querida
a su espada sangrienta enlazada,
de laurel inmortal coronada,
formará de su fosa la cruz.*

GLOSARIO:

Enseña: bandera.

Laurel: planta que simboliza la victoria.

Fosa: tumba.

(Quien por los disparos enemigos muera en defensa de la Patria, obtendrá en recompensa una tumba de victoria y heroísmo, y la querida bandera nacional estará unida a su espada, y su sepulcro estará marcado con signos de gloria y reconocimiento).

X

*¡Patria! ¡Patria! tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín con su bélico acento
los convoca a lidiar con valor.*

*¡Para ti las guirnaldas de oliva;
¡un recuerdo para ellos de gloria!
¡un laurel para ti de victoria; ¡un sepulcro para ellos
de honor!*

GLOSARIO:

Guirnaldas de oliva: corona de ramas que simbolizan la victoria.

Sepulcro de honor: una tumba marcada por la honra, el reconocimiento y el heroísmo.

“Exhalar en tus aras su aliento” (morir por la Patria).

“Si el clarín con su bélico acento, los convoca a lidiar con valor”, (si la trompeta de guerra llama a los mexicanos a combatir con valentía).

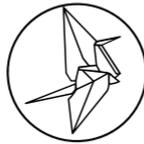
XII- BIBLIOGRAFÍA

- ARIDJIS**, Homero, “¿Debemos cambiar el Himno?” (*Reforma*, 24/Sep/2005).
- BLANCO MOHENO**, Roberto. *Iturbide y Santa Anna; los años terribles de la infancia nacional*. México, Diana. 1991.
- BRADING**, David. *Los orígenes del nacionalismo en México*. México. SEP. 1973.
- BULNES**, Francisco. *Las grandes mentiras de nuestra historia; la nación y el ejército en las guerras extranjeras*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1991.
- CÁMARA DE DIPUTADOS**, *El Himno Nacional Mexicano; su historia*. México. Porrúa. 2010.
- CHUST**, Manuel, y MÍNGUEZ, Víctor (Eds). *La construcción del héroe en España y México (1789-1846)*. Valencia. Universitat de Valencia. 2003.
- CID Y MULET**, J. *México en un Himno; génesis e historia del Himno Nacional mexicano*. México, Costa Amic. 6 ed. 1994.
- COHEN**, Dorothy. *Cómo aprenden lo niños*. México. Fondo de Cultura Económica. 1997.
- COSTELOE**, Michael. *La respuesta a la independencia; La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*. México, Fondo de Cultura Económica. 1989.
- COTA SOTO**, Guillermo. *Historia militar de México*. México. 1947.
- CRESPO**, José Antonio. “Nacionalismo, historia e himnos nacionales”: México. *Trayectorias. N. II*. Enero-Abril. 2003.
- CRESPO**, José Antonio. *Contra la historia oficial*. México. Random House Mondadori. 2009.
- DE LA TORRE VILLAR**, Ernesto (Comp) *La conciencia nacional y su formación; discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*. México. UNAM. 1988.

- DE MAULEÓN**, Héctor. “El regreso sin gloria de Jaime Nunó”. *Nexos*. Marzo de 2009.
- DÍAZ DIAZ**, Fernando. *Santa Anna y Juan Álvarez, frente a frente*. México. SEP. 1972.
- ENFOQUE** (Suplemento del diario *Reforma*. n. 265. 21 de Febrero. 1999).
- FIERRO MONJARRAZ**, Alberto, “Re entender el Himno”, *Enfoque* n. 268. 14 de marzo de 1999.
- FLORESCANO**, Enrique (Coord.) *Mitos Mexicanos*. México, Aguilar. 1995.
- FLORESCANO**, Enrique. *La bandera mexicana; breve historia de su formación y simbolismo*. México, Fondo de Cultura Económica. 1998.
- FUENTES DÍAZ**, Vicente. *Historia de México y del General Antonio López de Santa Anna*. México. Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. 1987.
- FUENTES MARES**, José. *Biografía de una nación; de Cortés a López Portillo*. México, Océano.
- FUENTES MARES**, José. *Santa Anna; el hombre*. México, Grijalbo. 1981
- GONZÁLEZ PEDRERO**, Enrique. *País de un solo hombre; el México de Santa Anna*. Vols. I y II. México. Fondo de Cultura Económica. 1993 y 2003.
- GONZALEZ Y GONZALEZ**, Luis. *La magia de la Nueva España*. México. Ed. Clío. 1995.
- Himnos nacionales americanos*. Madrid, Aguamarina. 1995.
- HIRSH ADLER**, Ana. *México; valores nacionales*. México. Gernika. 1998.
- JIMÉNEZ CODINACH**, Guadalupe. *Construyendo Patrias; Iberoamérica, 1810-1824*. México. Banamex. 2010.

- KRAUZE**, Enrique, *La presencia del pasado*. México. Tusquets. 2005.
- KRAUZE**, Enrique, *Siglo de caudillos; biografía política de México (1810-1910)*. México, Tusquets. 1994.
- LABASTIDA**, Horacio (Comp). *Documentos para la historia del México independiente; 1823-1877*. México. Porrúa. 1988.
- LATAPÍ**, Pablo, “El Himno Nacional cuestionado”, *Proceso* n. 1169, 28 de marzo de 1999.
- LEVI**, Lucio, “Nacionalismo”, en Norberto Bobbio (Et. Al) *Diccionario de política*. México. Siglo XXI. 8 reimpresión. 1995.
- LOPEZ DE SANTA ANNA**, Antonio. *Mi historia militar y política (1810-1874)*. México. Lindero Ediciones. 2001.
- LÓPEZ GALLO**, Manuel. *La violencia en la historia de México*. México. El Caballito. 2 ed. 1992.
- MATUTE**, Álvaro (Comp), *México en el siglo XIX; fuentes e interpretaciones históricas*. México. UNAM. 1984.
- OROZCO FARÍAS**, Rogelio. *Fuentes históricas; México 1821-1867*. México, Progreso. 1964.
- OROZCO LINARES**, Fernando. *Fechas históricas de México*. México. Panorama. 1996.
- PAOLI**, Francisco José. *La Constitución de Cádiz en Iberoamérica*. México. UNAM. 2016.
- RODRÍGUEZ**, Jaime. *La Independencia de la América Española*. México. El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica. 1996.
- ROJAS SERRA**, Andrés, “Prologo” a *México en un Himno*, de J. Cid y Mulet. México, Costa Amic. 6 ed. 1994.
- SARTORIUS**, Carl Christian, *México hacia 1850*. México, CONACULTA: 1990.

- SEGOVIA**, Rafael, *La politización del niño mexicano*. México. El Colegio de México. 1975.
- SHAFFER**, Boyd, "Towards a definition of nationalism", en James, *International Politics and Foreign Policy*. New York. Free Press of Glencoe. 1962.
- TRUJILLO**, Rafael. *Olvidate de El Álamo*. México. La Prensa. 1965.
- VALADÉS**, José. *México, Santa Anna y la Guerra de Texas*. México, Diana. 1979.
- VARIOS**; *Poesías Patrióticas*. México. Ed. Leyenda. 2006.
- VILLALPANDO**, José Manuel. *En pie de guerra*. México. Clío. 1996.
- YÁÑEZ**, Agustín. *Santa Anna; Espectro de una sociedad*. México, Fondo de Cultura Económica. 1993.
- ZAID**, Gabriel. *ENFOQUE* (Suplemento del diario *Reforma*. Febrero. 1999).
- ZAID**, Gabriel. *Cronología del progreso*. México. Random House Mondadori. 2006.



Sello Grulla

¡AL GRITO DE GUERRA!
Historia y significado del Himno Nacional

se terminó de imprimir en abril de 2019.

La edición consta de 1,000 ejemplares

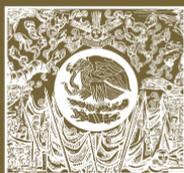
Desde los albores de nuestra Independencia, fue anhelo permanente de nuestro pueblo el tener voz propia; emanciparse de la madre Patria no sólo en el aspecto político y económico, sino también en el plano cultural para afianzar el carácter identitario de nuestra comunidad, hecho que se reflejó en un canto que logra unir y dar esperanza a la lucha frente al invasor extranjero.

Este libro ilustra precisamente las vicisitudes que atravesó el pueblo mexicano para finalmente tener un canto que condensara su identidad como país libre, soberano e independiente; para convertir su himno en uno de los más bellos del mundo.

De allí que el propósito de este texto de divulgación cívica e histórica, sea propagar los aspectos históricos y políticos menos conocidos que rodean la creación e inspiración del Himno Nacional, su significado en relación con otros himnos así como el sentido de sus estrofas de manera comprensible para todos los ciudadanos.

De esa forma, es posible darlo a conocer en su sentido más amplio —y de manera realista— al ciudadano, de modo que lo internalice no como mero cántico incomprensible, solemne y muerto en más de un sentido, sino como pieza viva que integra aspectos de nuestra evolución como país soberano.

Consejo Editorial
H. Cámara de Diputados
LXIV Legislatura



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA



Sello Grulla